

Novela

LA VIEJA CASA DE LA CALLE MARACAIBO

MARÍA CRISTINA RESTREPO

© María Cristina Restrepo López

© Editorial El Propio Bolsillo, 1989

CAROLA

Carola tocaba a nuestra puerta los miércoles y los viernes a las ocho de la mañana. Traía pegada a la suela de los zapatos la tierra roja de las calles de un barrio inverosímil donde las casas se levantaban en una noche, el agua se cargaba en ollas y los niños morían sin que nadie, ni siquiera su madre, los llorara, porque la aspereza de la vida no permitía perder el tiempo en lamentaciones y un niño se reemplazaba tarde o temprano por otro casi igual. La piel le olía a cansancio y los cabellos al humo de leña que asfixiaba a las hijas cuando en invierno bajaba el arroyo y no se podía abrir la puerta por miedo a que arrastrara falda abajo la casita de lata y cartón, como la de un pesebre.

Sólo faltaba durante tres semanas al año. Estaba de vacaciones, me decían, y cuando yo preguntaba por qué se tomaba más tiempo que las otras, alguien respondía con evasivas:

-Es que como a las lavapisos les toca tan duro, tienen que descansar más... -dijo una tarde la cocinera y en su sonrisa yo vi, mal guardado, un secreto. Después supe que dejaba de trabajar para parir las hijas. Estregaba el piso hasta que los dolores le agarrotaban la cintura, se quitaba el delantal y se iba caminando para que la criatura no tardara en nacer. A las tres semanas volvía a su oficio, aunque algunas señoras le daban cuarenta días de licencia. Sin embargo Carola, cansada de los juegos de las hijas en la mísera estrechez del cuarto, tal vez temerosa de que otra ocupara su puesto, o hastiada de mirar el porvenir apagado de la pobreza, le encomendaba las niñas a la Virgen, le pagaba a una vecina para que no le dejara morir de hambre a la recién nacida y regresaba al cepillo, al balde de agua y al jabón *Lucero*.

Cuatro golpes en la puerta anunciaban su llegada. Con ella la vieja casa de la calle Maracaibo, tan melancólica a pesar de los esfuerzos de nuestra madre que en vano compraba flores y adornaba con helechos y palmas los rincones oscuros, olorosos a polvo y humedad, se llenaba con el aliento helado de las almas en pena que la acompañaban. Mantenía un tráfico de rosarios con las ánimas del purgatorio, a cambio de favores como el amor permanente de algún hombre.

Carola sabía muchas cosas. Mientras dejaba los zapatos sucios junto al lavadero y se amarraba el delantal de hule para protegerse de la humedad causante del “reumatís” que algún

día la dejaría inválida, una vieja retorcida como las almas en pena, abandonada a la gratitud de las hijas que bien podían pagarle o matarla de abandono, me contaba del eterno castigo que esperaba a quienes amaron la riqueza por sobre todas las cosas.

Sus palabras, entreveradas con el roce del cepillo, despertaban el frío de los cementerios y la risa de las brujas que se enamoraban de los hombres inconstantes y tenían el poder de enloquecerlos. Susurros, lamentos y suspiros se iban regando por el patio de la cocina, pasaban por las habitaciones y flotaban sobre la cuna de mi hermano recién nacido que abría los ojos y levantaba la cabecita para escuchar las pisadas de los duendes que se divertían cambiando de lugar los objetos, con el fin de confundir a la gente y azuzar la paciencia, una virtud tan escasa como la buena voluntad. Además, Carola sabía oír. Si yo le confiaba mis proyectos de ser una pastora, una bailarina o una monja como Santa Teresita del Niño Jesús, a quien imitaba sacrificando golosinas, ella enjabonaba el piso con más fuerza y asentía vivamente, como si el tiempo le alcanzara para consideraciones ajenas.

A veces me permitía remojar las baldosas o barrer el patio. Otras, me alejaba diciendo que le impedía trabajar. Como Carola había conocido a misía Rosita, la bisabuela que nos dejara en herencia una miniatura de su rostro perfecto y un corazón de seda relleno con sus cabellos, que yo estudiaba a escondidas, sacando a través de un diminuto agujero abierto en la tela unas largas hebras blancas, y otras oscuras, de mujer joven, le obedecía. Pero antes le hacía prometer que pasada la siesta, cuando ya hubiera descansado de mí, me contaría alguna cosa sobre la vida de aquella mujer a la que yo amaba, a pesar de no haberla conocido más que por los cabellos robados al corazón, y por los recuerdos de Carola. A la hora convenida la rastreada por el roce del cepillo que decía si estaba lavando la cocina, el zaguán o el baño de inmersión alrededor del cual crecían helechos y orquídeas, abierto sólo cuando ella decía sacar el moho apretado entre los grandes baldosines esmaltados.

El baño se me hacía muy hondo al descender los cinco escalones con el fin de mirar el cielo sobre el cual rodaban nubes de formas fundidas por el viento, vueltas espuma marina en la fantasía. Animada por Carola, yo jugaba a navegar en una barca forrada en mayólica de colores, la misma en donde años atrás se bañara, envuelta en un pudoroso chingue de lino blanco, la autoritaria solterona que encadenaba a la familia con deudas de gratitud, obligándonos a vivir en esa casa horrible, tan impregnada de la acidez de un espíritu seco por falta de amor, que las

paredes se desconchaban y los entablados crujían en mitad de la noche, como si algún desvelado, tal vez ella misma, saliera al encuentro del sueño.

Carola se quejaba de un eterno dolor de espalda. A veces se levantaba para llevarse las manos a la cintura y arquear el cuerpo con un gesto atormentado, dando algunos pasos con las manos apoyadas en las caderas anchas, casi cuadradas. El procedimiento del trabajo era mecánico. Sus brazos habían adquirido la medida de los círculos de espuma trazados sobre las baldosas. De rodillas, apretando la falda entre los muslos, escogía un tramo, lo rociaba con agua sacada de un abollado balde de aluminio y empezaba a estregar. Así recorría centímetro a centímetro los pisos de las casas visitadas desde hacía años. Sus primeros recuerdos tenían que ver con la espuma del jabón que le había cuarteado la piel de las manos. La suerte quiso que creciera lavando ropa a la orilla del río donde su madre le enseñaba a descurtir los manteles de las mesas elegantes extendiéndolos al sol sobre la cara caliente de las rocas, entre cañaduzales y limoncillos. Después, cuando las lavanderas se hicieron inútiles, se sometió a estregar pisos.

Cansada de mirar el cielo, yo subía los escalones del baño y encontraba una lugar entre las plantas. A Carola le gustaba mortificarme con nombres desagradables como “ojos de viborita”, pero una sonrisa atenuaba el efecto de las palabras.

-A ver, niña, ¿de qué era que íbamos a conversar? No me acuerdo... ¡Ah, sí, de misiá Rosita! ¿Sabe? A veces amanecía de mal genio y no había quién se la aguantara caminando por toda la casa con ese bastón que sonaba como las pisadas del patepalo. Tenía fama de haber sido la mujer más hermosa del mundo, por eso no tuvo amigas sino cuando envejeció y quedó ciega -decía. -Al primer marido lo conoció durante la guerra.

-¿Cuál guerra?

-Una guerra muy larga. Dicen que la ganaron los godos.

-¿A usted le tocó esa guerra, Carola?

-No, pero a mi mamita sí le tocó cuando yo estaba así del tamaño suyo, ella me contaba. Una mañana pasó un regimiento por el pueblo donde vivía misiá Rosita, una muchacha de dieciséis años con ojos de melaza y unos andares tan prometedores que entraba a la iglesia un

cuarto de hora antes de misa, por orden del cura. Ese día, entusiasmada por el ruido de los tambores y el griterío de la gente, pidió permiso para salir a la plaza, pero el papá no la dejó: le dijo que se asomara por una de las ventanas del segundo piso. Ella, que jamás había desobedecido, -era muy obediente, no como usted que no le hace caso a nadie- lo hizo, pues estaba escrito que a través de la desobediencia encontraría su destino. Asustada, como quien está a punto de cometer el primer pecado mortal, abrió un postigo y asomó la cara en el mismo instante en que pasaba el general Acosta. ¡Y por esas cosas de la vida, sus ojos se tocaron! La impresión que le causó el rostro luminoso de la muchacha, enmarcado en los maderos oscuros de la puerta, le obligó a detener la cabalgadura para mirarla hasta que el padre, indignado por el atrevimiento del general y el desafío de la hija, la arrastró hacia el interior de la casa cerrando los postigos con un golpe tan tremendo que los vecinos, creyendo que se trataba de cañonazo, se prepararon para presenciar la batalla.

A Carola le brillaban los ojos al contarme del amor transformado en coraje. El general venció casi sin necesidad de las tropas. Sudoroso, manchado de pólvora y fango, con la sangre de los muertos salpicándole el oro de las charreteras, regresó al pueblo, desmontó frente a la casa y pidió la mano de la hija allí mismo, sin haber cruzado con ella más que una mirada. Al día siguiente se casaron y esa tarde salió con ella en la grupa y la trajo a vivir a Medellín.

Durante un año le enseñó la pasión, inventó palabras nuevas para el amor. Cada mes le regalaba una perla, un aderezo, unos zarcillos, el día del aniversario un brillante. Se anticipaba a sus caprichos, ordenaba que la sirvieran como si fuera una duquesa. Le llenaba de flores los cabellos y cantaba coplas para provocar su sonrisa. La noche en que se despidió para ir a ganar otra batalla tomó el cofre de las joyas y lo enterró en un lugar secreto. Por eso misió Rosita, viuda tres días más tarde sin otra fortuna que su buen ánimo y un hijo en el vientre, tuvo que dedicarse a coser camisas de hombre que vendía a dos por cinco a los chinos de la plaza de mercado. La situación tampoco mejoró cuando se casó con el padre de mi abuela, quien, según Carola, se arruinó para morir de pena moral sin tener derecho a ello, dejándola con otro hijo y cuatro niñas, hermosas todas, pero ninguna dueña de su hechizo.

-Y el francés... -murmuraba pasado un rato, acercando a la mía la cara multa de pómulos altos, de manera que yo podía comprobar la ausencia de arrugas a pesar de que debía ser tan vieja.

-¡Apuesto a que usted no sabe del amor que sintió por ella ese señor francés! Pasaba por Medellín vendiendo jarrones de porcelana y a la salida de la plaza de mercado se la encontró. Contaban que el francés se quitó el saco y lo tendió en la calle para que ella no se mojara los zapatos en un charco. Se quedó a vivir en una pensión y sólo salía cuando misía Rosita iba camino de la plaza con las camisas. Aunque ella cambiara la hora él la estaba esperando para verla pasar con esos andares de reina, la blusa blanca y la falda negra recogida en la mano izquierda. ¡La miraba con los ojos brillantes y el gesto embolado de los hombres que han sufrido el mal de amores! Se quedaba quieto, la esperanza puesta en el camino, hasta que ella volvía a pasar. Apenas se perdía detrás de los árboles del parque él se encerraba hasta la semana siguiente... Cuando quedó ciega, el francés desapareció sin despedirse de nadie.

-Oiga Carola... ¿Ese señor francés nunca se le declaró?

-Nunca.

-Tan raro, ¿cierto?

-Pues... no sé.

-¿Usted por qué cree? Siendo viuda...

-Quién sabe... Tal vez un amor tan grande conviene dejarlo para uno. Así nadie lo puede tocar. -Y los planos de su rostro se disolvían en una momentánea dulzura. O bien se levantaba y arqueaba la espalda lamentando el terrible dolor que tenía que padecer para ganar el sustento de las hijas.

Carola alternaba los recuerdos del pasado con otros agriados por el resentimiento de estregar los suelos ensuciados por el paso indiferente de los ricos. En las casas la trataban como si estuviera pagando una condena y por eso no reverenciaba más que a los muertos, compasivos en el silencio. Se desquitaba hablando mal de los vivos, como la mamá de las Henao, postrada por el ocio en un lecho de comino crespo del cual sólo se levantaba para jugar canasta con otras igualmente indolentes, o el banquero mujeriego, don Benedicto, de quien se burlaba abiertamente no bien mi madre salía de la casa.

Entonces miraba con gesto taimado por las puertas de los cuartos en galería, asegurándose de que realmente estaba afuera. Regresaba a su lugar y con el cepillo en la mano, pero sin moverlo, se entregaba de lleno al placer de la maledicencia: don Benedicto tenía cinco hijos con la esposa y por lo menos “diez por la calle”, expresión que tardé algunos años en comprender. Imaginaba a los menos amados arrojados lejos de la casa paterna, al igual que algunas princesas de los cuentos que Carola me leía.

Siendo banquero, aseguraba Carola, tenía el alma perdida. Por más confesiones el Jueves Santo y misas de doce los domingos con el único interés de impresionara los clientes a quienes luego robaba, estaba condenado; y como tal, presentaba signos premonitorios: el aliento fétido, la cara congestionada, las manos húmedas, blandas y heladas. Ardería en el infierno a menos que cambiara de profesión, la única manera de comprobarle a Dios no sólo el arrepentimiento, sino que se tenía “propósito de la enmienda”. Propósito de la enmienda, me explicaba paciente, era la resolución hecha por un hombre de no volver a cometer el mismo pecado, condición inevitable para el perdón.

-¡A Dios no lo puede embolatar ni siquiera un banquero! ¡Ni siquiera don Benedicto, porque Dios no es ningún pendejo!

Además de mal padre, y banquero, don Benedicto era hambriento. -¡Solapado, mala clase y hambriento como un maldito condenado! -Carola nos conmovía con las penalidades de la pobre doña Magnolia, la esposa. A pesar de los dos carros, la finca de ganado en tierra caliente y la de recreo en tierra fría, no tenía a veces ni para comprarse un par de medias. Las amigas, siempre compadecidas de su mala salud, ignoraban que ella fingía toda suerte de males con tal de no salir a la calle con las medias rotas.

-Ya ve -le decía Carola a la cocinera, que aprovechaba la ausencia de mi madre para comentar con ella las costumbres incomprensibles de los ricos. -¡Ya ve, hasta las más millonarias pueden ser más pobres que uno! A nosotras no se nos da nada salir a pie limpio, o como sea. En cambio doña Magnolia...

Una tarde la cocinera y yo nos enteramos sorprendidas del definitivo abandono de las mujeres con quienes don Benedicto engañaba a la pobre doña Magnolia. Pero no por eso se regeneró. Al contrario, sus predilecciones en materia amorosa sufrieron un cambio inesperado. La

ciudad entera comentaba los sucesos escandalosos ocurridos en cierta casa de campo, la noche en que unos disparos alertaron a los vecinos, acostumbrados a escuchar el canto de las lechuzas y el apacible croar de las ranas en una charca. Alarmados por las detonaciones llamaron a la inspección de policía. Los agentes comprobaron que no se trataba de un crimen, como se temía, sino de don Benedicto, el de tanto retrato en los periódicos, junto con otro hombre de negocios tan famoso como él, además de un marihuanero, el hijo menor de edad de los dueños de la casa y el chofer de un colegio de monjas. Todos parecían haber fumado marihuana dada la brega que les costó impedir que siguieran gritando, bailando tangos y disparando por las ventanas. El banquero era la atracción de la fiesta: vestía falda con volantes, medias de encaje, tenía senos postizos y llevaba el rostro maquillado con los cosméticos que se le perdían a doña Magnolia.

-¡Figúrese! —le decía Carola a la cocinera-. ¡Figúrese que doña Magnolia echó a tres del servicio porque creía que le estaban robando!

Por aquella época pude conocer a las hijas de Carola, las que le proporcionaban las vacaciones anuales. Roselena era morena, gorda, juguetona y burletera como su madre. Conchita, casi nunca salía por tener la razón “trastocada, igualitica al papá”, distinto al de Marina y al de Mercedes. Esta última era tan blanca como negra la mayor, tanto que después de pensarlo bien, llegué a preguntarle si no se la habrían cambiado en la clínica.

-¿En cuál clínica?

-¡Pues en la clínica donde la tuvo!

-Ave María niña... ¡Qué inocencia! Los pobres no nacen en las clínicas.

-¿Y entonces cómo...?

-Con el auxilio de las vecinas... O sola, si no hay más remedio. ¡No hace falta nadie para que el hijo que viene en camino pueda nacer!

Si terminaba antes de las seis nos llevaba a dar una vuelta por las calles del centro, consintiendo en traer toda clase de juguetes que entorpecían el paseo. Tardábamos en bajar hasta las vitrinas de la carrera Junín. La gente volvía la cabeza para verla arrastrar un camión de

hojalata que daba tumbos sobre la acera con las llantas hacia arriba, empujar un triciclo que ya nadie deseaba montar y apretar una vieja muñeca bajo el brazo. En las tardes de lluvia nos convidaba al cuarto de la plancha, más tibio que el resto de la casa, y nos leía un cuento. Sin embargo Carola tenía sus preferencias y las hacía valer.

Con frecuencia resolvía leer un libro para grandes. Por ser la encargada de sacudirlos y repartir entre las hojas un polvillo venenoso, conocía el lugar de la biblioteca donde se encontraba uno especialmente apreciado. Si deseaba leerlo, fingía tener prisa: se le agotaba el tiempo, las hijas esperaban su regreso, ellas también tenían derecho a una mamá. ¡Sólo las veía de noche, y ello por culpa nuestra! Nosotros rogábamos una vez más.

Carola se detenía a pensar y durante esos instantes no se oía más que el rumor de la lluvia sobre el entejado. Entonces decía alisando los mechones escapados de la moña y desgranando pausadamente las sílabas, como para complacernos:

-Bueno niños; les voy a leer, pero un ratico nada más. Pero eso sí, ¡con una condición! Hoy me toca escoger a mí. ¡Les voy a leer lo que pasó hace tiempos por los lados de Turbo!

-¿Dónde queda Turbo?

-Por allá... por el mar.

-¿Usted lo conoce?

-No, pero dicen que mi papá era un negro nacido allá. ¿No ven cómo soy de negra? Es que allá hay mucha gente así.

-Ah... ¿Y no dizque los negros son los chocoanos?

-Los de Turbo también. Antes eran esclavos.

-¡Pobrecitos! ¿Su papá fue esclavo, Carola?

-¡No niña, no sea bruta! El tiempo de la esclavitud ya pasó. Eso era en la época del libro que les voy a leer.

-¿Y usted cómo sabe que esa era la época de los esclavos?

-¡Avemaría purísima, qué niños tan cansones! ¡Si van a seguir con la preguntadera no les leo nada! A ver, digan, ¿quieren que les lea, o no?

Muy erguida, contoneando las caderas, salía en busca del libro que tanto le gustaba y que a nosotros nos dejaba perplejos. Regresaba con el volumen de tapas de cuero y letras diminutas que llenaban las páginas con historias de dioses, héroes, muertos y murallas; se acomodaba sobre la alta mesa de planchar y cruzando en el aire los pies descalzos, comenzaba a balancearlos lentamente, al ritmo de las palabras escogidas al azar:

-“La Aurora, de azafranado velo, se esparcía por toda la tierra cuando Júpiter, que se complace en lanzar rayos, reunió la asamblea de dioses en la más alta de las muchas cumbres del Olimpo...”

Así leía mientras mi madre se recostaba en su habitación aprovechando que Carola nos contaba un cuento, y el sol, envuelto entre la nubes, se iba hundiendo detrás de las montañas que pronto se borrarían. Nuestro universo se reducía al cuarto de la plancha sobre el cual rebotaban las toas de agua, perfumado con el aroma de jabones y almidón, tan húmedo y cálido que pronto comenzábamos a parpadear, soñando junto a la mujer prendada de la belleza. Arrullada ella también en la corriente de aquellas frases hermosas, pronunciadas en un susurro reverente.

CELIA

Cuando después de abierta la ventana de la sala comprobaba definitivamente su ausencia, sentía derramarse sobre las horas de la mañana las gotas quemantes de la desilusión. La creía enferma de algún mal desconocido para la gente ordinaria, que curaría con ungüentos y

bebedizos preparados por el chinche. Yo estaba convencida, tal vez en razón de su aspecto salvaje, o su independencia orgullosa en el trato con la gente, que Celia habitaba en una cueva cavada en algún barranco apartado de la compañía de las amigas y los remilgos de las señoras que criticaban la mercancía antes de comprar. Únicamente el afortunado muchachito, libre de correr descalzo por las calles, de comer a su antojo y burlarse de Celia a pesar de las palabras obscenas, suficientes para arrancar lágrimas a otro menos osado, conocería la exacta localización de la cueva, refugio silencioso del bullicio de la acera.

Algunas mañanas advertía emocionada su regreso. Desde mi cuarto escuchaba el rumor tan esperado, más preciso a medida que las ruedas de la vitrina, empujada por el chinche, la iban acercando a la ventana. El aire dejaba de traer pisadas afanosas, el golpe seco de las puertas al cerrarse, las voces de otros chinchés que gritaban “¡Colombiano! ¡Correo! ¡Correo!, Colombiano, Correo!” con urgencia, o la vibración prolongada y hermosa de las campanas de la Catedral.

Casi nunca podía presenciar los preparativos para los negocios, adivinándolos a través de los sonidos; la ventana de nuestra sala sólo se abría concluido el arreglo de la casa, por respeto, por temor a los mirones callejeros, predispuestos a llevarse una mala impresión. Impaciente por la parsimonia ritual de la limpieza diaria, contenía el aliento y escuchaba. Una vez instalada la vitrina, Celia le ordenaba abrir el paraguas, tarea penosa a juzgar por los gemidos del chinche. Después de mucho bregar, las alas de lona se abrían, resguardando la mercancía de la lluvia y, lo más importante, del sol. Entonces Celia cortaba la cabuya que cosía el costal y organizaba el fantástico contenido en el mostrador de vidrio y madera pintada de blanco.

Las papayas, las manzanas y las piñas iban en la parte de arriba; en tiempo de cosecha los mangos pegajosos de savia, las mandarinas reina, increíblemente grandes, de cáscara bermeja, los zapotes más dulces, los mamoncillos, las chirimoyas traídas de tierra fría. Un aguacate lustroso, de un verde tan intenso que la gente se detenía a mirarlo, ocupaba el sitio de honor, del lado de la sombra. En los estante inferiores se amontonaba la fruta común, bananos, murrapos, limones y naranjas. Y en el inferior, cuya base era la tapa del cajón donde se guardaban las reservas, se disponían, tentadores, los manjares más exquisitos: mangos biches, partidos en cruz y rociados de sal, y la esencia de todas las delicias del mundo: las velitas con coco.

Con sólo verlas sentía deseos de comer una. Sabiamente dispuestas sobre hojas de papel, parecían barritas de oro, doradas, con el vientre hinchado por algún trocito de coco tostado. Se

notaba que Celia acababa de retorcerlas en el interior de la cueva porque unas hebritas rubias salían de las extremidades de algunas, semejantes a los cabellos de un ángel. Celia miraba calle arriba y con ceño fruncido, pelaba y partía un coco.

Me habían prohibido probar el coco: -si quiere puede comprar una velita, pero cono no, -decían los mayores-. Es agua cruda, debe estar llena de microbios y amibas.

Sin una palabra Celia le entregaba la totuma y el chinche volvía con ella chorreando agua y dejando en la acera un reguero oscuro que pronto se evaporaba. Pese a mi curiosidad, jamás pude conocer la fuente misteriosa, dado que el campo de mis investigaciones comprendía apenas el espacio encuadrado por el hueco de la ventana enrejada.

Celia se acomodaba en un banquito de tres patas y se sentaba a esperar, protegida la cabeza por un trapo curtido que bien pudo haber sido blanco, un delantal de la misma tela cubriendo la bata floreada y desteñida en las axilas. Dos enormes bolsillos se convertían en depósito de las ganancias. Al moverse bajo el sol, la piel oscura de sus brazos se iluminaba con reflejos cobrizos. Unos ojillos negros, de párpados sin pestañas, miraban despiadados. Cualquiera, estaba segura, temblaría como yo ante una mirada de Celia, capaz de leer el pensamiento. Apenas me sentaba junto a ella en el hueco de la ventana, volvía la cabeza para verme bien, y decía sin sonreír:

-¿Le gustan las velitas? ¡Si viera lo ricas que están! –Y se olvidaba de mí.

Jamás pregonaba las cualidades de la fruta, a la manera de las venteras de la plaza. El perfume de la vitrina servía de señuelo para atraer a una clientela tratada de acuerdo a su categoría. Los más insignificantes eran los compradores improvisados, aquellos que al pasar se antojaban de un zapote o una naranja. Celia los atendía y despachaba con desdén, envolviendo la compra en un pedazo de papel periódico y sacando la devuelta de las profundidades de uno de los bolsillos del delantal. Si alguien le pedía un aguacate le permitía tocar los de los estantes inferiores. El de arriba estaba comprometido. Invariablemente comprometido. Nadie tenía el poder suficiente para hacerla desistir. Ni siquiera las zalamerías de las señoras ricas, la “niña Fulana” o la “niña Mengana”, que la tentaban con sumas desproporcionadas. Tenía dueño, era un aguacate predestinado.

Las “niñas” tenían por costumbre preguntar por todo, menos lo verdaderamente deseado. Celia también lo notaba y si respondía a tanta pregunta inofensiva, era para no perder a las diarias compradoras de fruta. Con voz aguda, a instancia de la clienta, repetía las perfecciones de las naranjas, la dulzura de los murrapiños, la bondad de las chirimoyas o las guanábanas: Garantizadas, seguro que no le salen negras, niña, ¿cuándo le he vendido alguna fruta mala? -Y la compradora, aburrida de estrujar la carne de las frutas, afilados los dedos llenos de anillos, pálidos en contraste con la mano de Celia, ocupada en acariciar el vientre de una papaya, se llevaba media docena de bananos. Algunas se empeñaban en sacar rebaja. Regateaban sin pudor, ignorantes del sofoco que me embargaba detrás de las horribles rejas que impedían el contacto con la buena vida, la vida de la calle, la libertad de caminar por donde uno quisiera, igual que los grandes, igual que el chinche. Celia alegaba lo barato del producto y lo cara que estaba la vida. ¡Ella apenas le sacaba el viaje a las frutas, ya no le alcanzaba ni para comer! Pero la despiadada aseguraba ser víctima del más horrible engaño, se lamentaba y rogaba hasta que Celia accedía en la mitad, a veces menos, de lo que la “niña” pretendía ahorrar.

-Lo hago por ser a usted, niña Merceditas. ¡Ni vaya a pensar que a otras se les hacen semejantes rebajas! ¿No les va a llevar velitas a los chiquitos? Que le vaya bien, niña, que la Virgen la acompañe...

Pero el calor de las palabras se estrellaba contra el frío de aquellos ojillos aindiados, sin rastro de misericordia. Celia conjuraba una maldición apenas escuchada por mí, procediendo a contar las monedas guardadas en uno de los bolsillos y los billetes en el otro. Alcanzaba cierta cantidad los envolvía en un rollito de papel que ocultaba entre la fruta de reserva del cajón. A veces me miraba, agazapada en el hueco de la ventana, pero no decía nada. Su mundo estaba lejos, tanto, que su mirada me atravesaba para ir a recrearse con la visión de los cuadros en la pared del fondo de la sala. Si no veían clientes encendía un cigarrillo, negro, distinto, que despedía un olor picante. Sentada de medio lado, la falda recogida entre las rodillas y los pies firmemente asentados en el suelo, me permitía presenciar el más asombroso de los espectáculos: ¡Celia no fumaba como las demás personas! Ella lo hacía al revés, con la llama metida entre la lengua y el paladar. Su rostro se volvía más inescrutable, un rostro de hechicera, velado, misterioso y secreto como si fuera de piedra. Ambas permanecíamos calladas, absortas en el paso de los peatones.

A media mañana llegaban las clientas preferidas, criadas de las casas vecinas, amigas suyas. De un momento a otro la acera junto a la ventana se convertía en un lugar de fiesta, animado por carcajadas sonoras, sabrosas como el olor de las frutas. La vida de los patrones se publicaba con regocijo, entre frases suspendidas para comentar sucesos de los pueblos, de los parientes. Las más jóvenes mencionaban un novio, muchas un recién nacido, dejado al cuidado de otra para venir a ocuparse de unos con más suerte, y la nostalgia se tragaba momentáneamente las risas. Suspiraban, se volvían pensativas. Parecían sumergidas en el recuerdo de días mejores, en un sueño tronchado por la necesidad. Hasta que alguna espantaba la tristeza y volvían a reír.

Con frecuencia se decían secretos, bajando la voz. Se fijaban en mí, ahogadas las palabras con la palma de la mano o el orillo del delantal. Estos eran los únicos momentos en que parecían notar mi presencia. Yo probaba la amargura de sentirme excluída. Fingiendo no notarlo, arrullaba una muñeca, o me iba para el patio a buscar alacranes.

Decían que las tapias de la casa estaban infestadas de esos animales venenosos y valientes, que rodeados por un círculo en llamas cometían suicidio inyectándose la propia ponzoña. Con la esperanza de ver uno, partía una ramita de azalea y me dedicaba a hurgar en los zócalos pintados de rojo oscuro, dejando un reguero de tierra y cal sobre las baldosas. O bien me contentaba con seguir el atareado ir y venir de mi madre, o con la vida de los juegos, y durante unas horas no volvía a pensar en Celia. Pero antes del mediodía regresaba a mi puesto para esperar la llegada de Romelia, la cocinera de Doña Lucía.

Las amigas de Celia guardaban silencio. Ella terminaba de atenderlas repartiendo mangos y piñas entre las manos alertadas, porque ya nada debería distraerla de la consideración que merecía Romelia, una mujer de proporciones descomunales y paso laborioso. Venía desde La Playa, una avenida sombreada de inmensas ceibas a menudo florecidas, de manera que las puertas de las casas amanecían tapizadas de florecillas semejantes a estrellas de mar. Siempre puntual, siempre vestida con un uniforme azul celeste y un delantal blanco, almidonado, que dejaba en evidencia la suciedad y el abandono del de Celia. Los hilos de la tela se tensaban a la altura del busto y los botones parecían a punto de reventar.

Todas se apartaban para abrirle paso. Celia se ponía de pie, ocultando con la falta el humilde banquito de tres patas. Las más jóvenes bajaban la vista, las mayores desplegaban los

labios en una sonrisa apaciguadora. Romelia se detenía, agitada la respiración, la frente y el labio superior salpicados de gotitas. Celia era la primera en hablar, levantando el rostro, la amabilidad incongruente con las maldiciones y las palabras de la mañana.

-¿Cómo me le ha ido, Romelia?

-Pues... Será bien, gracias... —respondía Romelia con la misma altivez de las señoras ricas.

-¿Alguna novedad por la casa, Romelia?

-Ninguna. Todo lo mismo, gracias a Dios.

-Cuénteme de la niña Lucía. ¿Ha pasado aliviadita?

-Divinamente... ¡Esa como que nos va a enterrar a todos! No da brega, quien lo creyera. Ya ve, los hijos enfermos, don Jorge tan mal de las vistas, pobrecito, y ella siempre tan alentada. ¡Enteramente como si fuera una chiquita!

-Bendita sea la Virgen... Y hablando de otra cosa, Romelia, ¿ya averiguaron por los pasos de anoche? Esta mañana la muchacha nueva estaba toda pálida, como que no pegó el ojo. ¿No será que don Paulino...? Usted sabe... de pronto alguna monedita que se le hubiera quedado por ahí escondida.

-¡Cosas de gente “ignorante”! La muchacha es muy ardilosa, eso es lo que pasa. ¡Ni hablar de don Paulino! Un santo, que mi Dio lo tenga en su gloria.

-Claro Romelia... Lo mejor es que no le hagan caso a la muchachita esa, montuna que es, una montañera asustada. ¡En semejante caserón! Pero dígame, Romelia, ¿en qué le puedo servir?

Entonces Romelia pronunciaba solemne la frase de cada mañana. Dejaba caer lentamente las sílabas, mirando a las amigas para enterarlas de la importancia del encargo:

-Vengo por el aguacate de doña Lucía.

Celia erguía el pecho plano. -¡Aquí le tengo el aguacate a la niña Lucía! ¡Miren qué maravilla! Bien madurito, listo para el almuerzo. Bien pueda decirle que está como pura mantequilla, pura crema. ¡Un aguacate de primera!

Y tomando el aguacate que había protegido del sol y de los clientes, lo alzaba en el aire. Algún transeúnte se detenía curioso. Yo me llenaba de orgullo al ver que hasta los desconocidos participaban de aquellos instantes venerables. Celia le entregaba el aguacate. Romelia le daba vuelta, lo pesaba, lo agitaba junto al oído para comprobar si la pepa se movía suelta entre la carne del fruto. Después, sonreía complacida.

-Se ve bueno. Así le gustan a doña Lucía.

-¿Se le ocurre alguna otra cosita, mi amor?

-A ver... Limones, y otra media docena de aguacates para el almuerzo. ¿Están maduritos?

Celia abría el cajón y sacaba media docena de aguacates "Casi", "casi" tan buenos como el predestinado. Metía los limones en un cono de papel periódico y le vendía además una papaya, dos piñas y una docena de curubas, "deliciosas para el sorbete".

-¿Le envuelvo todo, Romelia?

-Muchas gracias. En seguidita le mando a la muchacha nueva. Yo me llevo el aguacate de doña Lucía.

Y se marchaba sin pagar, porque doña Lucía tenía cuenta. Un murmullo acompañaba a Romelia calle arriba. Si alguna recién llegada ignoraba la historia de la niña Lucía, Celia se la contaba. O simplemente lo hacía por el gusto de repetirla y acentuar su importancia dentro de la misma.

Yo la conocía de memoria. Nadie tenía que repetirme que la niña Lucía vivía a la sombra de la ceiba más alta y frondosa de La Playa, en una casa gris y blanca con tantos cuartos como el Hospital. Era allí donde Celia guardaba por las noches la vitrina ambulante. A las seis llegaba con el chinche. Romelia les abría por la puerta de atrás y entre los tres cargaban la vitrina hasta el

rincón de las escobas y los baldes. También sabía que la niña Lucía tenía noventa y dos años, dieciocho hijos, leía sin gafas, madrugaba diariamente a las cinco de la mañana, se bañaba en agua helada, jamás se enfermaba, no conocía el mal genio, dormía la noche entera, la Banda Municipal, vestida de gala, le había tocado el Himno Nacional el día que cumplió setenta años de casada, y se comía diariamente, a la hora del almuerzo, un aguacate entero.

También conocía otras cosas ignoradas por Celia: que los hijos solterones ocupaban unos cuartos inmensos al lado derecho de la casa, las hijas al izquierdo, que la despensa esta empotrada en el hueco de las escaleras, que del techo de la misma colgaban racimos de plátano verde, plátano maduro y mazorcas de maíz, que los fríjoles se guardaban en costales, que la sala, adornada con espejos y cuadros permanecía cerrada y a oscuras, los muebles cubiertos con funda blancas, los prismas de las arañas de cristal brillando como los ojos de los gatos en la oscuridad, partículas de polvo danzando doradas en cualquier rayo de luz que alcanzara a burlar los pliegues de los cortinajes, que doña Lucía rezaba el rosario a las cuatro de la tarde arrullada en una mecedora con flores labradas en el espaldar, que por las noches se acostaba en el piso de abajo acompañada por Romelia, amiga de avemarías y jaculatorias, protectoras del mal, apaciguadoras del miedo.

Sabía tantas cosas por ser su biznieta. Alguna vez traté de comunicar la noticia a las amigas de Celia. Recuerdo que grité a través de la reja, las manos crispadas sobre las rosetas de hierro:

-¿Saben? ¡Soy biznieta de doña Lucía!- pero nadie me hizo caso. Ellas continuaban ignorándome. Tal vez los dieciocho hijos, las decenas de nietos y el centenar de biznietos me habían robado la posibilidad de ocupar un puesto importante entre la descendencia.

Apenas la calle se iba llenando de sombras aparecía el chinche. Moreno, los ojos negros embriagados de libertad, revuelto el cabello crespo, a la vista el pecho fuerte, de músculos que se movían bajo la piel. Yo lo esperaba emocionada. ¡Deseaba tanto ser su amiga! Saber su nombre, jugar, correr por la ciudad en su compañía. ¡Si el chinche me sonriera, aunque fuera una vez! Con elegancia de acróbata daba un salto mortal frente a la vitrina, la abría, sacaba una naranja y se la comía chupándose la cáscara, como si las cáscaras de las frutas no estuvieran llenas de amibas. Yo sentía que éramos amigos aunque nunca nos hubiéramos dicho nada. A través del silencio obligado por la espalda de Celia, sabía que él me tenía pesar. No hacían falta palabras para

manifestar la compasión de un ser libre, dichoso como el chinche, vagabundo sin ley, capaz de encontrar agua en medio del cemento, arrastrar por la acera la vitrina de Celia y cerrar el paraguas entre bromas y risas, aunque le diera tanto trabajo hacerlo.

Celia abría la vitrina en la parte de las velitas y el coco. Las que sobraban, si era que sobraban, se habían reducido y ya no brillaban tanto como por la mañana. Ahora reposaban en medio de un charquito dorado, formando una especie de marco para su esplendor caduco. Sus ojos de india me buscaban en el hueco de la ventana, y sin detenerse a pensar, decían con voz dura, pero sin nada semejante a la impaciencia con que a veces los grandes le hablaban a uno:

-Tenga, chúpese esta velita que sobró.

Y a través de la reja la mano pequeña y firme, que a lo largo del día habían repartido fruta y contado menudo, envuelto los billetes en el rollito, animado a las amigas, saludado y despedido a las “niñas”, me entregaba una velita azucarada, pero tan deliciosa como yo la había imaginado.

-Celia, ¿me regala un pedacito de coco?

-Está viejo. ¿no ve que lleva todo el día en agua?

Yo insistía. Celia pasaba el coco que me apresuraba a comer, antes de que alguien en la casa se diera cuenta. Al probar el bocado rancio y baboso, sufría unas náuseas urgentes, imposibles de disimular. Sofocando las arcadas lo masticaba, con la esperanza de que el chinche, indiferente a mis esfuerzos, me viera hacerlo.

SIGIFREDO

Sigifredo llegó a El Remanso por casualidad o tal vez para terminar de cumplir con el destino. En ese tiempo la finca era un paraje enrastrado pero incomparablemente hermoso. Las vegas sombreadas de pinares, protegidas por montañas azules como una muralla mágica en torno al horizonte, el río, el aire fresco y el vuelo de las mariposas habrían de cautivarlo igual que

a mi abuelo. Esa mañana recorrió el camino de El Tablazo, marcado por las huellas de los antepasados, abrió el broche, atravesó el maizal empujando las cañas secas con la mano morena, fuerte en el trabajo, suave en la caricia a los animales recién nacidos. Encontró a mi abuelo sentado en el terraplén donde levantarían la casa, los ojos hundidos en la corriente. Se detuvo antes de pronunciar el saludo. Apreciaba el gesto del cuerpo en reposo, la confianza en la tierra que ambos amaban. Sin haber cruzado una palabra decidió aceptar.

Al otro día trajo a la familia para ocupar la casita roja perdida entre higuerrillos al otro lado del río. Faltaba el puente y tuvieron que cruzar sobre un tablón doblado hasta casi tocar las aguas oscuras y rápidas. Las niñas pasaron con los labios apretados, los ojos fijos en la margen opuesta, alentadas por Sigifredo que contenía la respiración. Los muchachos aparentaron valor. Cada uno cargaba sobre la espalda parte de las pertenencias familiares: una mesa, la paila y la olleta de cobre, la fotografía de Ana y Sigifredo, elegantes y solemnes, el día de la boda.

-Principio tienen las cosas... –murmuró Ana al encender por primera vez el fogón de leña en la cocina de paredes tiznadas, donde la luz entraba por la puerta abierta al patio y el humo salía por una chimenea de barro cocido.

En aquella cocina tibia, animada por el estallido de los leños verdes, yo me sabía bienvenida en la sonrisa y la taza de mazamorra con trocitos de panela que Ana guardaba para mí entre el tarro de chocolate.

Con frecuencia la encontraba lavando. Parada sobre una tabla, enjabonaba la ropa y la iba amontonando en una ponchera antes de extenderla sobre los alambres disimulados entre el limonar. Caminaba eficiente del lavadero a la cocina y de la cocina a los cuartos tan barridos y estregados que los ladrillos del piso, dispuestos sobre la tierra sin pega ni cemento, tenían la textura de una fruta o un panal de miel.

Su orgullo era el pato de tierra pisada, dura y amarilla. Por las tardes desgranaba mazorcas con un movimiento tan preciso, que los granos volaban en el aire como pepitas de oro antes de caer sobre las aves ponedoras de huevos, perfectos como un milagro. El sol teñía los colores de las gloxinias, los besos, geranios, novios, violetas, no-me-olvides, margaritas, begonias, siempre-vivas, y el viento tumbaba sobre la banca los canutillos anaranjados de la lluvia-de-oro agarrada a los aleros. Recostadas a los pilares o prendidas a las tapias, se veían

matas sembradas en tarros de galletas, latas de aceite, bacenillas desfondadas, tazones desportillados, baldes rotos; cualquier objeto capaz de contener un puñado de tierra servía de pretexto a la manía de Ana de poblar el mundo de flores. El Gallo perseguía a las gallinas, los perros cazadores dormían al sol, la gata abandonaba las crías para salir a lamerse las zarpas con un ronroneo complacido, y, durante unos instantes maravillosos, todo era como debía ser.

Sigifredo venía del establo con paso acentuado por el sonido de lona de la paruma, semejante a un delantal, curtida en el tiempo y las faenas. Ana remendaba de noche los desgarrones pues Sigifredo no consentía en quitársela durante el día. Así la había llevado, junto con el carriel y el sombrero de caña desde que, siendo niño, le tocó ganarse la vida en el único oficio conocido por su padre y su abuelo, hasta borrar en el pasado la memoria del amor por la tierra y la libertad. Ana le servía una taza de claro. Después de apurarlo, Sigifredo abría el cuarto de los aperos, impregnado del sudor de las bestias, seco en alfombras y riendas. Sacaba un rejo y regresaba al campo con una expresión apacible en el rostro oscuro, donde se juntan todas las razas.

Totoi (decían que así había bautizado yo a mi abuelo cuando aprendía hablar) buscaba a Sigifredo en las horas robadas a los libros, los experimentos con las plantas y la soledad recuperadora de algo que yo, con el instinto de los niños en tantas formas semejantes a los viejos, reconocía necesaria. Igualando el paso subían y bajaban por el camino que unía la casa con el establo, recorrían la arboleda, doblaban silenciosos las yemas de los manzanos, hablaban de las vacas de las cuales sabían los meses de preñez, el número de crías y la cantidad de leche que daban. El abuelo le consultaba sobre la posibilidad de lluvia y Sigifredo olfateaba la presencia del agua en el viento. Otras veces bajaban a la huerta y arrancaban repollos, tomates, remolachas y unos espárragos gruesos y brillantes, difíciles de cultivar. El abuelo escogía una piña, flor jugosa, pálida por ser de tierras más cálidas, y repartía tajadas entre nosotros.

El carriel se veía cuarteado, desteñido, la correa cosida con retazos de piola. Pero los pelos de una nutria de la tapa se tocaban sedosos como los de un conejito recién nacido. Un día le pregunté a Sigifredo qué guardaba ahí dentro:

-Todo lo que un hombre puede necesitar en la vida- respondió, acomodando la correa en el hombro.

-¿Usted sí piensa que un hombre necesita tan poquitas cosas?

-Estoy seguro.

-¿Y lo otro?

-¿Qué es lo otro?

-¡Pues lo que no cabe ahí!

-Lo que no cabe en un carriel no es necesario en la vida de un hombre.

-¿Ni siquiera la comida?

-Esa se guarda en el estómago.

-Ah... ¿Me deja ver?

Estábamos en el último potrero, sembrado de alfalfa. Me encantaba contemplarlo desde el corredor de la casa, imaginando un mar de otro planeta, dorado, con olas irregulares moldeadas por ráfagas de viento que ahora levantaban remolinos de polvo dejándonos en los ojos una sensación de llanto, pero sin la tristeza. Primero me enseñó el tápato, un objeto en forma de huevo que se rastrillaba con un trozo de hierro gastado para encender el tabaco. Grapas, como las que acababa de ver en sus manos ocupadas en remendar el cerco, una libreta veterinaria para anotar los pensamientos, las enfermedades del ganado y los nombres de las terneras; agujas de arria, curvas, fabricadas en un país lejano con el mejor acero, lo cual les garantizaba la dureza de la vida y la resistencia de la muerte. Patas de grillo, envueltas en o papel de celofán; molidas con panela aliviaban el cólico de las bestias. Una herradura, clavos de herrar, la navaja, un mejoral. Finalmente sacó la cadena de grandes eslabones unidos a una cruz y a otra cadena más corta, de la cual pendían el aro, el garfio y la bola de hierro, símbolos de los instrumentos de tortura provocadores de la confesión de las brujas. Se la había regalado hacía años misía Paulina Tobón, ama de llaves del Arzobispo de Rionegro. La cadena de San Pablo era la mejor “contra” contra las brujas.

Un águila con las alas rematadas de blanco trazaba círculos en el cielo despejado. Codiciaba los polluelos que seguían los contoneos de las gallinas en el patio de Ana. Provistas de ojos como telescopios, me habían dicho el abuelo, cantan con una ventaja desleal sobre sus víctimas. Afortunadamente Ana, advertida por su instinto de madre, salía de la cocina y agitaba una escoba con gesto tan resuelto, que el águila regresaba a su nido en la copa de un pino.

-¿Usted cree en brujas?

Sigifredo recogió las grapas; las guardó, cerró el carriel y se lo terció al hombro. Estudiaba el alambrado y tardó en responder.

-A veces las yeguas amanecen trenzadas en las crines. Y tan sudadas que tengo que bañarlas después de ordeño.

Un escalofrío me subía por la espalda. Yo misma había visto las crines rubias de La Baya enredadas en un amasijo de nudos inexplicables. Y si bien era cierto que no escuchaba claramente los relinchos en las noches de luna llena, ni el galope de las yeguas cabalgadas por brujas noctámbulas y burlonas, eso seguramente se debía a la localización de la casa, situada arriba, al otro lado del río.

-Siempre han dicho que no hay que creer en ellas, pero que las hay, las hay...- afirmaba camino al establo donde una emisora radial anunciaba mejorales y purgantes, sin mitigar los lentos sonidos del rumiar de las vacas, el campaneo metálico de los ganchos de hierro, y el otro, delicioso, de los chorros de leche llenando de espuma los baldes.

-¿Quiere postrera?

-No. Sólo me gusta ver la leche. Oiga Sigi, ¿Usted sabe de las brujas porque alguien le ha contado?

-¡Hace muchos años, estando de novio, me persiguió de noche una vaca blanca!

Caminaba envuelto en la ruana para espantar el frío de la luna que proyectaba su luz helada sobre los campos. Atento al llamado de los currucutúes, evocaba la sonrisa de Ana, a quien amó desprevenidamente. La conocía de niña en la escuela de Barroblanco, una figurita

borrosa, con ojos reidores y una trenza que le caía como una cinta de satín por la espalda. Durante los meses de lluvia, cuando el polvo de las trochas se volvía fango y era más prudente esperar la llegada del verano, Sigifredo fabricaba zapatos en el corredor de la escuela. Ana Martínez jugaba golosa y a la gallina ciega frente a la chambrana, y su risa de jilguero arrancaba sonrisas al hombre ocupado con el cuero y las hormas.

Años más tarde, al encontrarla en el pueblo, la vio distinta. Se había transformado en una joven serena, de mirada confiada. Aquella piel blanca, trazada de venitas azules, y el brillo opulento de la trenza deshecha, lo deslumbraron. La noche en que lo persiguió la vaca venía de pedirle matrimonio. La había dejado silenciosa al pie del portillo, dispuesta a enfrentar con él lo que les trajera la suerte.

No escuchó las pisadas, si es que las hubo... Al percibir la sombra unida a la suya afaná el paso: la sombra hizo lo mismo. Avanzaba a su lado sin tocarlo, sin alejarse. De repente el aroma de las flores cerradas se volvió hedor de excremento. Sigifredo rezó un padrenuestro pero la sombra y el olor continuaban pegados a él. La vio flotar en el aire con el hocico, las orejas y los ojos relucientes. Se miraron. La vaca soltó una carcajada larga, voluptuosa, que lo hizo correr saltando chambas y alambrados hasta entrar medio muerto de pavor en la cocina de su madre. Estaba cubierto de mierda de pies a cabeza.

Por primera vez en la vida perdió la compostura. La segunda, de otra naturaleza, provocó el asombro de las familias. Ocurrió el día de reyes, durante la fiesta organizada por mi abuelo para festejar a los trabajadores en el pinar cercano a la casa. Debido al placer que me proporcionaba, había llegado a imaginar que el pinar era mío, un rincón de murmullos frescos escuchados en las tardes, cuando bajaba para recostarme en un viejo tronco y contemplar la danza de las mariposas en el aire transparente.

Yo esperaba el día de la fiesta con una mezcla de anticipación y repugnancia. La víspera iba al corral de los cerdos y compadecida, agradecía la estúpida inocencia del más gordo, al que habían cebado, condenado a muerte sin saberlo, revolcándose en el barro y gruñendo de gusto en el último atardecer de su vida. Me despedía de él con el pensamiento, fingiendo delante de Ana y las hijas una indiferencia tan grande como la suya. Al día siguiente me despertaba apenas las primeras luces pintaban una raya pálida en el techo y alerta, tiritando, esperaba el grito escalofriante, tan agudo a pesar de las distancias y las puertas cerradas.

Horas más tarde me permitían bajar. Los trabajadores, vencida la timidez, formaban un grupo ruidoso. También llegaban los hermanos del abuelo, acompañados de los hijos, jóvenes que aprendían a fumar y a beber. Mi tía Nena, recién casado con un señor de apellido gracioso, Gallo, gallo como el gallo saraviado del patio de Ana, bajaba después, arreglada, sonriente, avergonzada de su sonrisa. Las gentes iban y venían bajo las luches y las sombras, reían sin motivo, destapaban refrescos y abrían botellas de aguardiente. Alguien punteaba un tiple y el rasgueo de una guitarra acompañaba el bambuco entonado por Chucho, Rodrigo y El Negro, los hijos de Sigifredo.

La muerte y el olvido de la muerte me arrebataban el pinar oloroso a la sangre que se recogía en una olla asediada de moscas, bajo la nuca desgonzada del cerdo. Cristóbal, el de huerta, se remangaba la camisa, le hundía los brazos en el vientre y le arrancaba las entrañas. Yo, que unas horas antes los había despreciado, olvidaba también los gritos de agonía, corría entre los mayores, espiaba sus conversaciones. Y lo peor, comía con la mano trozo de carne jugosa.

El tío nuevo y Sigifredo brindaban con aguardiente, los ojos entornados, la cabeza echada hacia atrás. Ana se marchó más temprano que en años anteriores, seguida de las hijas. Sigifredo cambió. Cantaba, bailaba lanzando al aire el sombrero, abrazaba a mi abuelo, a mi padre, felicitaba a la tía Nena. El sonido de su voz se elevaba por encima de las ramas de los pinos. Contó chistes, volvió a cantar. Al anochecer se subió a la mesa llena de manchas oscuras que al día siguiente lavarían con agua y un cepillo de alambre, y reclamó silencio. Con voz ebria gritó el último brindis:

-¡Por el gallo que se ha casado con su hija, doctor!

Amaneció con el paso lento. Desde el corredor de la casa lo vi caminar delante de la vaca recién parida, cargando la cría en los brazos doblados como para mecer un niño. Después del almuerzo bajé a su casa y lo encontré sentado en el corredor, el sombrero a su lado en el suelo, los cabellos grises en desorden. Limpiaba las sillas de montar. Mis ojos se fijaron en un objeto desconocido.

-¿Qué es eso?

-Un cacho.

-¿Dónde lo consiguió? –pregunté, estudiando con los dedos la superficie fresca y lisa. Habría deseado guardarlo en mi secreta colección de cosas raras.

-Me lo dieron cuando empecé a trabajar la arriería. El cacho se tocaba para llamar a los arrieros y las mulas.

Y Sigifredo, con voz apretada de nostalgia, iba enhebrando los nombres de aquellos pueblos esparcidos por la tierra: Abejorral, Anserma, Bolívar, Neira, Fredonia, Yarumal; Titiribí, Bolombolo, nombres de sonido de juegos o canto de pájaro. Ciudades perdidas a las cuales se llegaba trepando en zig-zag por las laderas, lanzando gritos de aviso a otras mulas que pudieron venir en dirección contraria, no fueran a encontrar la muerte en una trocha estrecha, aprisionada entre la montaña y el vacío. A veces un hombre o una mula perdían el equilibrio y se les oía rodar antes de estrellarse en el fondo de un despeñadero.

-¡Sin nosotros los arrieros un pueblo se fregaba! Se trabajaba duro, pero ese era un trabajo berriondamente bueno. ¡Nos respetaban, avemaría, trabajábamos mucho pero muy bueno! –decía, la espalda apoyada a la pared, los ojos perdidos en el pasado. Ana se ocupaba de las gallinas en el patio, cerrado el semblante.

-Oiga Sigi... ¿Por qué dejó de ser arriero?

-La arriería se ha ido acabando. Nosotros duramos hasta que se abrieron carreteras y nos reemplazaron por camiones. Todavía quedan algunos. Hijos de conocidos... amigos viejo... ¡Ellos son los últimos!

Acababa de cumplir doce años la primera vez que salió. Por las noches, después de cocinar, se tapaba la cabeza con el poncho en un intento inútil por sofocar el llanto. Volvía a escuchar el “mi Dio lo acompañe mijo” enredado en la despedida de la madre. Lloraba de miedo a las culebras, desesperado por la rasquiña de las picaduras de chinches, niguas y zancudos, por el ardor de las grietas que el barro de las trochas reventaba en la piel de niño de sus pies descalzos, que frotaba con el sebo derretido de una vela.

Creyendo que nunca podría hacerlo, amó la vida que le proporcionaba la fatiga para el sueño, el sobresalto de la aventura, el silencio de las noches inmensas. Amó más que nunca el olor de la tierra, el destello del rocío, la neblina y la bruma, el canto único de millares de aves, la compañía de unos hombres libres que le transmitían su saber aprendió a conocer el camino de las estrellas, a predecir lluvias y sequías, a curar mataduras y heridas, a entablillar huesos rotos, a sobar tendones levantados, a coser enjalmas, aperos y calzoncillos, a comerciar, a jugar tute, a beber aguardiente, a ser honrado y a celebrar el amor de las mujeres que esperaban en las fondas el abrazo de los arrieros.

Le ganó a la nostalgia, mas no al miedo. Siendo un arriero famosos y tan fuerte que había llevado en silleta a una señora enferma de buenamoza desde Medellín hasta Manizalez, padecía el mismo terror de los niños frente a las manifestaciones de lo sobrenatural. Le tenía miedo al diablo, a las brujas y a los espantos que vigilaban los caminos para adelantarles un atisbo del desconcierto sufrido por las almas en el más allá.

También sentía miedo, aunque de otra clase, cuando contrabandeaban tabaco y aguardiente.

-Nosotros éramos gente honrada, así que vendíamos la mayor parte por las vías legales. La otra se comerciaba entre particulares, sin dejarle nada al gobierno.

-¿Eso no es se deshonrado?

-Deshonrado es hacerle trampa a un cristiano. Al gobierno no. El gobierno no aguanta hambre.

El aguardiente de contrabando, y el legal, se transportaba en damajuanas. Un pequeño orificio perforado con la punta de un clavo servía para sorber el licor que calentaba los huesos y llenaba el alma de esperanza, cuando ya no había lugar para ésta. -¡En esos tiempos se hacía un anís muy bueno! ¡No como el de ahora que no sabe a nada, ni huele a nada, ni da la misma bravura de antes!

-¿Entonces por qué tomó tanto en la marranada?

-Me dio por seguirle la cuerda al tío suyo.

El contrabando de tabaco era más peligroso debido a las mulas que se emborrachaban con el olor. A mediodía, con el sol a cuestas, avanzando por una de tantas trochas desprovistas de vegetación, el olor fermentado del tabaco se pegaba a las ropas de los hombres y al pelaje de los animales. Las mulas empezaban a trastabillar. Las más borrachas caían, se levantaban y volvían a caer más adelante, como un hombre desesperado al salir de una cantina. El único remedio era aliviarles la carga y llevarlas a pastar lejos del olor.

-Esos malditos animales nos hacían rabiar mucho. ¡Avermaría si nos hacían rabiar!

-No hable mal de las mulas. ¿No me acaba de contar, pues, que ellas eran la riqueza de un hombre?

-Eran la riqueza de un hombre... Sí... ¡Muchos arrieros salieron de pobres cuando pudieron comprar un par de mulas y comenzaron a trabajar por su cuenta! ¡Pero también eran la maldición! En el mundo hay dos animales malditos por Dios.

-¿Cuáles?

-La culebra y la mula.

-¿A Dios por qué gracia le daría por hacer animales para maldecirlos después?

-Porque se manejaron muy mal con El. ¡Acuérdese que la culebra tentó a Eva en el Paraíso y por eso la tierra se convirtió en un valle de lágrimas!

-¿Y las mulas?

-Las mulas son peores que las culebras. ¡Han cometido acciones muy feas!

-¿Sería porque la de Belén se comió la paja y dejó aguantando frío al Niño Jesús?

-Bueno, sí, por eso también.

-¿Por qué más?

Sigifredo se puso de pie y sin olvidar el sombrero, comenzó a guardar alfombras, avíos, el cacho, las riendas.

-Tengo que subir a la casa grande —dijo.

-Sigi, ¿por qué son malditas las mulas?

Su paso afanoso me obligaba a dar saltos para no quedarme atrás. Repetí varias veces la pregunta:

-¡Es que antes de ser mulas fueron mujeres que invocaron la ayuda de Satanás para tener relaciones con un sacerdote!

-¿Cómo así que para tener relaciones con un sacerdote?

Y Sigifredo me defraudó con la misma respuesta tantas veces escuchada, aunque por el tono de la voz era fácil adivinar la naturaleza vergonzosa de ese pecado:

-Espere niña, que cuando esté grande va a entender.

Al llegar a la casa nos separamos. Sigifredo se dirigió al corredor en busca de mi abuelo y yo caminé en dirección al jardín, situado en un terreno plano detrás del tanque del agua. Las flores, en contraste con el caótico jardín de Ana, estaban sembradas en rectángulos de tierra contenida en marcos de ladrillo. Mis preferidas eran las bocade-dragón de colores vivos, que se abrían y cerraban al contacto con los dedos. El viento doblaba los tallos desmesuradamente largos de los delphinium azules y malva, que mi abuela cortaba para arreglar floreros.

Sigifredo una vieja costumbre me quitó los zapatos y caminé cautelosa por la acequia de tejas de barro, cubiertas bajo el agua por una capa de moho verdoso y resbaladizo. La dificultad para mantener el equilibrio, el zumbido de los insectos que asediaban el cáliz azucarado de las

flores y el contacto con el agua helada, me ayudaban a olvidar la maldición que pesa sobre las culebras, las mulas, las mujeres nacidas después de Eva y las que todavía faltaban por nacer.

TOTOI

Totoi se confunde con las primeras emociones en una memoria de retazos imborrables: la voz ronca, tal como debía ser la de los ogros pobladores de los cuentos fantásticos inventados para su deleite y el nuestro, los brazos que nos apretaban hasta el sofoco y una ternura infinita, una ternura de esas que se asocia al amor de las mujeres. El suyo era amor labrado en la simpatía y el respeto por los sentimiento infantiles. Amor permanente, aún en los momentos en que nos reprendía con rabia y justicia. Amor también hecho del tiempo empeñado en los nietos.

Cuando estábamos enfermos llegaba para contar un cuento o recitar un poema. Sabía poemas de amor, poemas sobre razas desaparecidas, sobre las flores, palabras hermosas que le cantaban al agua, poemas sonoros como campanas, poemas terribles, que revivían la muerte. Le gustaba jugar con las palabras como a nosotros con las piedras del parqueadero de El Remanso y, con ellas, al igual que nosotros con los guijarros, sacaba chispas de fuego.

Durante las vacaciones gozábamos de más tiempo para estar junto a él. Entonces subíamos con la familia a la finca. Las vegas, el río, los pinares, el jardín, la huerta, el campo ancho, eran el espejo de un universo maravilloso y apenas explorado. Totoi nos esperaba en la portada, vestido con un traje viejo y un sombrero sinuano. Cierta día me consideró lo bastante mayor para permanecer con él y la abuela, sin la protección de mis padres, a quienes vi partir hacia Medellín con un nudo de lágrimas en la garganta, tomando la mano del abuelo y diciendo adiós con la otra hasta que desaparecieron de nuestra vista y entramos a la casa. Esa noche me dormí llorando. Totoi me despertó al amanecer y la tristeza, que creía eterna, se esfumó con los trinos de las aves en la arboleda. ¡El sol había vuelto a salir! Atravesaba pálido y frío los maderos de las ventanas poniendo una raya azulada en el techo.

Con mano tierna desenredó mis cabellos y anudó mis trenzas con unos cordones viejos, más prácticos que las habituales cintas de colores. Salimos ajustando suavemente la puerta. Sigifredo,

borroso por la bruma, terminaba de ensillar a La Chiruca, la yegua colorada que movía las orejas al sonido de nuestra voz y alzaba la cabeza abriendo los ollares como si a ella también le gustara el olor de la mañana. Montamos en la silla de pico, ancha para los dos. Yo sonreía, acariciando el cuello del animal, pronto cubierto de una espuma tibia, olorosa a savia, a vida. Terrones arrancados por la fuerza de las patas saltaban contra nosotros agitando el ritmo de los cascos al pegar contra la tierra. Totoi señalaba con la fusta un árbol, un nido, el vuelo de un pájaro. Y ese amor suyo por el campo se metía en mis venas y corría por ellas lo mismo que la sangre.

Al regresar a la casa encontrábamos a Equi despierta. Totoi se acomodaba frente a la mesa del pasadizo, llena de libros, revistas y periódicos; abría un libro, apoyaba la cabeza en la mano izquierda y se alejaba, arrastrado por la corriente de ideas que seguía absorto. Siempre leía así, inmóvil, sordo a nuestras voces, rozando las hojas con dos dedos de la mano derecha y levantando de cuando en cuando la cabeza para sorber un poco de café. Marcaba los libros con una postal del Vaticano enviada tiempo atrás por el padre Juan María, el hermano jesuíta muerto por accidente. A veces le pedía me leyera las frases de la postal, desteñidas en el papel amarillado, o que me contara algo de su infancia, imposiblemente lejana. Pero no bien empezaba a recordar los juegos en los prados de La Margarita, la casa blanca y verde donde crecieron, se ponía pensativo o cambiaba el rumbo de la conversación.

Durante el resto de la mañana yo quedaba libre de hacer lo que quisiera, salvo acercarme al río. La sensación de libertad en aquel espacio enorme, casi infinito, era nueva y fascinante. La sentía en mis paseos, la aspiraba en el olor de los pinos, en las flores que ensayaba comer para saborear el néctar, igual que las abejas y los dioses antiguos. Era delicioso calentarme al sol que oscurecía mi piel, escuchar el viento que sacudía las hojas de los árboles y sonaba como una voz, caminar descalza sobre la alfombra de agujas secas del pinar, aspirar el olor cambiante de la tierra, mirar desde el corredor de la casa el fluir del río, escabullirme en la despensa para robar un bollo de chocolate amasado con dulce y canela, tenderme en la hierba y sentirme viva, saborear la infinita delicia de la vida en el reposo de mi cuerpo fatigado.

El sol ya había recorrido la mitad de un cielo que parecía un toldo de seda azul cuando sonaba la campana anunciando el almuerzo. La enorme casa encalada me parecía fría y oscura después de haber estado tantas horas en el jardín. Totoi ocupaba la cabecera de la mesa dispuesta para nosotros tres. Como a Equi le temblaban las manos, él le servía con tanto amor, que yo dejaba de comer para mirarlos un poco avergonzada. Siempre le decía cosas tiernas, que

era hermosa, que era “su señora”, o le recitaba un verso de amor; y los ojos agudos, separados en la frente amplia, le brillaban con algo muy dulce. A través de los cristales yo veía temblar en el patio las enormes flores rojas que mi abuela llamaba “moños de navidad”, aunque florecían el año entero, y el sentimiento único de la navidad se apoderaba de mí.

Esa tarde entró Jesús Martínez, -el jardinero que parecía un español- con la escalera, una cabuya y clavos para sujetar la copa del árbol de la viga más alta del salón. Equi abría las cajas de cartón de las cuales iba sacando bujías de colores brillantes, campanillas y lágrimas tan elusivas como pompas de jabón, rociadas con nieve o con un polvillo dorado, estrellas, bastones que parecían de menta, rayados y que al calor de la electricidad hervirían por dentro. ¡Por primera vez veía fabricar la maravilla de colores y de luces que era el árbol de navidad de El Remanso! Me ofrecí a colaborar hasta que, descorazanaada por haber roto alguno de aquellos frágiles tesoros, salí en busca de Totoi, segura de encontrarlo en la arboleda.

Provisto de una navaja, tijeras podadoras, cinta engomada y un abono para hacer brotar raíces, adoptaba en el suelo una posición imposible para los mayores pero que yo no tardaba en imitar, dado que permitía mover libremente el tronco y los brazos, sin el estorbo de las piernas, dobladas desde la rodilla hacia atrás. Sentado así, procedía a injertar un limón. Cada brote era para él un milagro. Partiendo una guayabita roja me enseñaba una de sus tantas semillas, diminuta, cremosa, en apariencia insignificante, conteniendo en potencia un árbol: el tronco, las hojas incontables, las flores y demás guayabitas, cada una de ellas dando a su vez el germen de otros tantos árboles, y así hasta el infinito, en un juego de posibilidades que me hacía estremecer de impaciencia, como cuando me preguntaba qué número alcanzaría si empezara a contar sin detenerme más que en el momento de la muerte.

Juntos admirábamos las manifestaciones de la vida en las acacias de la entrada, cuyos troncos se irían retorciendo hasta estrangularla, en la enredadera silvestre aferrada a las púas de un alambrado: -“La flor de batatilla, la flor sencilla...” –recitaba Totoi con voz cavernosa debido a una operación que lo había privado de la profesión de orador, en la mata de auyama nacida en el basurero, en los insectos disfrazados del color de la hierba. Ellos reducían el mundo y sólo se enteraban del viento acariciador de la hierba, sin saber cómo se movían, produciendo ese sonido maravilloso, las ramas de los árboles. Así, decía, dentro de un mundo cabían muchos más. Hundiendo la mano en la acequia dejaba caer en la mía una gota de agua.

-¿Qué ves?

-Pues... colores... luz... nada más.

-Eso se debe a la capacidad limitada de nuestra visión. Sin embargo, en esa pequeña gota de agua viven seres microscópicos, algunos de formas hermosas y complicadas, semejantes a flores o peces...

Y el asombro le dilataba los ojos, que a pesar de la edad no habían dejado de ver para maravillarse. Yo sumergía la mano en la corriente para que la gota y los seres que en ella vivían volvieran a fundirse con el arroyuelo que nacía arriba, en las montañas, y sentía atropellarse en mi mente los mismos interrogantes angustiosos, emocionantes, inevitables portadores de la frustración. Aborrecía la existencia de sueños prohibidos, misterios inexplicables, y me sabía burlada por Dios, que me daba la curiosidad y se guardaba para sí la explicación.

Me habían advertido que era pecado desear ser Dios. Un pecado de soberbia, la causa de la caída de un ángel que agitaba en las alas la belleza de los arboles y reflejaba en los cabellos la luz divina, a la cual estuvo muy próximo. Aún así, no podía dejar de pensar que, si fuera Dios, las respuestas serían más antes de ser preguntas y el Universo, del cual sólo veía un resquicio de luces encantadas en el cielo cuando por las noches salía a mirar las estrellas con Totoi y él me contaba de galaxias, cometas, estallido de soles, vida, amor y dolor también allá arriba, en astros cuyos nombres sonaban como los nombres de otros tantos poemas, Orión, Andrómeda, Casiopea..., sería un juguete complicado y perfecto, fabricado por mí, para mi distracción. Consideraba injustos el poder y la sabiduría divina, y, por eso, a veces, envidiaba a Dios.

-Totoi, ¿yo por qué nací? —preguntaba, consciente de haber traspasado el umbral de las cosas ignoradas por el abuelo a pesar de los cientos de libros, el telescopio, los grandes mapas y los experimentos con las plantas, a pesar de las gentes que conocía, de la búsqueda permanente.

-Porque Dios así lo quiso... —decía, sin esa última convicción que animaba sus palabras cuando me contaba de las inundaciones prehistóricas, por ejemplo.

-Pero también pudo no haber querido.

-Sí, claro, también pudo no haber querido...

-¿Entonces por qué quiso? ¿Por qué me hizo? ¡Dígame! Yo necesito saber por qué nació!

Otras veces callaba, sintiendo que de todos modos era mejor haber nacido, aunque no se pudiera saber casi nada. Y volvía a impacientarme tratando de imaginar cómo habría sido no ser, aunque, dado que sí era, me parecía imposible, tanto que por unos momentos me creía absolutamente indispensable para la buena marcha de la creación.

-Oiga Totoi: ¡A lo mejor somos un pedacito de Dios! ¿Usted qué cree?

Si el sol se volvía picante, como ocurre con frecuencia en las tardes de verano en tierra fría, nos refugiábamos en “la oficina”, un cuartito de madera bastante elevado del nivel de la tierra, en el extremo de una casa inhabitada, a no ser por los murciélagos que colgaban de las vigas con la cabeza hacia abajo y ensuciaban las paredes con una materia oscura y aceitosa. Me gustaba ir a verlos con Matilde, la hija de Sigifredo. Ayudadas por la luz de una linterna, paralizábamos la vida de esos seres repugnantes, mitad ave, mitad ratón, que al decir de algunos sorbían la sangre al ganado y a los niños. Yo vislumbraba indicios de humana inteligencia en las caras perfiladas, inmóviles bajo el cuerpo que se hinchaba y deshinchaba al ritmo de la respiración. ¿Serían también ellos parte de Dios?

El abuelo preparaba en la oficina un vinagre a base de agua de panela y frutas de toda clase, y unos deliciosos pepinillos encurtidos que servían para el consumo de la casa y para regalar a parientes y amigos. Al envasarlos adoptaba la misma concentración que cuando leía, escribía o acodaba limones. Yo debía taponar con un corcho las botellas llenas y adherir en el centro un rótulo que luego el abuelo marcaba con su caligrafía de trazos grandes. Así trabajábamos hasta que la solana cedía, o escuchábamos la bocina de la camioneta del tío Juan G.

Saboreando una pipa fragante, Juan G. Se fijaba en el camino como si viniera solo, o fuera sordo a los gritos que estallaban en las bancas atestadas por una docena de hijos pelirrojos y pecosos. Después de frenar removiendo alegremente la piedra suelta del parqueadero, caminaba hacia el abuelo, cojeando, una sonrisa en los ojos y en las comisuras de la boca. Los primos se

regaban por la finca; algunos en dirección a los guayabitos, otros atacaban los manzanos, los mayores subían al tanque del agua o se perdían en los potreros buscando boñiga seca para hacer una guerra, ocupación emocionante desde el principio, cuando las primeras carcajadas preludiaban el llanto final de los vencidos y aún de los vencedores. —“Nadie gana en una guerra: es más fácil vencer con la fuerza de las ideas”- había dicho Totoi, y nosotros comprobábamos al menos la primera parte de esa aseveración.

-Hermano...

Así se saludaban el tío y el abuelo, el menor y el mayor de una familia de once hijos, de los cuales habían muerto algunos, convertidos para nosotros en personajes familiares y a la vez desconocidos por no haberlos visto nunca. Me angustiaba pensando en lo triste que debía de ser la vejez, saberse huérfano, pensar que nunca, nunca más se vería a la madre, que su recuerdo se esfumaría como ya empezaba a hacerlo el de la mía, con sólo una semana de ausencia. Todavía podía revivir el color de sus ojos, el movimiento de sus manos, evocar el olor de su piel, pero el conjunto se me escapaba. ¿De qué manera soportaban ellos la muerte de los padres? ¿O era que uno dejaba de amarlos al crecer? No me atrevía a preguntar. Estaba condenada a sufrir con su muerte, pensamiento infinitamente más aterrador que la idea inverosímil de la mía.

Finalizada la guerra y aplacados los vencidos, pedíamos permiso para bajar al establo, separado de la casa por el Rionegro, tan profundo bajo el puente que las piedras del fondo jamás se veían, ni siquiera cuando la ausencia de nubes regaba destellos en la superficie irisada del agua que fluía día y noche, sin detenerse, como guiada por un propósito inteligente. A veces el tío venía con Elve, la esposa sonriente a pesar del ruido y el trabajo, y se quedaban a cenar. Entonces yo me soltaba las trenzas antes de sentarnos a la mesa, secretamente dichosa de mirar al primo Juan Esteban por encima de las fuentes de natilla y manjar blanco, las jarras con miel de panela y almíbar perfumado con azahares.

En el momento de partir, el tío tocaba un silbato de policía y no dejaba que nadie subiera hasta no haber contado cabezas. La camioneta se alejaba levantando una nube dorada que flotaba en el aire antes de caer sobre los campos. Totoi se iba a dar una vuelta por la arboleda, caminando con los brazos sueltos y la cabeza hundida entre los hombros, tan viejo, tan cansado, que me daban ganas de correr y abrazarlo. Pensando en ello lo dejaba perderse entre las hileras de árboles. Al doblar la esquina de la casa Totoi era otra vez el abuelo, pero la visión de su

soledad, que señalaba también la mía, permanecía amarga en mi boca, semejante al regusto de las manzanas demasiado verdes, que cogía a sabiendas de que todavía no se podían comer.

Equi reservaba una tarde sin visitas para la fabricación del pesebre. Con ademanes pacientes desempolvaba las figuras de yeso y las disponía en el mismo lugar de los años anteriores. Pastores, ovejas, los Reyes Magos, la mula, el buey, volvían a representar el nacimiento asombroso de un Dios en un pajar. Mientras trabajábamos Totoi revisaba papeles o nos contaba que en aquellos tiempos el mundo estaba dominado por Roma, una ciudad poderosa y arrogante como la más bella de las mujeres.

-La espero en el salón- me decía levantándose.

Un pastor, con el cuerpo graciosamente equilibrado sobre las piernas dispuestas en un paso de danza, tocaba la flauta y hechizaba a una ovejita. Yo acariciaba las figuras que iban cobrando vida; y el buey y la mula respiraban, María sonreía pensando en el hijo, los Reyes y hasta el camello parecían impacientes por comenzar el viaje. San José era el único triste. Por más que fuera resignado y bondadoso, no era más que un padrastro, arbitrariamente ignorado por el Angel de la Anunciación.

-Equi, ¿a usted le parece que San José quería al Niño Jesús?

Pero ni la serenidad inalterable de mi abuela me quitaba el pesar por ese señor abrumado, de piel oscura y cabellos negros en una tierra de gentes rubias. Rubia era la Virgen, rubio sería el Niño, rubios los ángeles y los pastores. Melchor no contaba, por venir del Africa. Finalmente le permitíamos reposar abrigado por el techo de paja sobre el cual Equi prendía la Estrella de Belén. Cardos arrancados a las ramas de los eucaliptus y piñas de pino candelabro le daban el toque final al pesebre. El Remanso, que parecía haber sido construído para ese propósito, se iba perfumando con el olor a monte de las navidades, y yo empezaba a descontar los días que faltaban para el veinticinco de diciembre, cuando el árbol amanecería lleno de regalos envueltos en papeles brillantes. Ahora, en lugar de los paquetes, encontraba el abuelo sentado en una poltrona al pie de la ventana. Esperaba con un libro abierto sobre las rodillas para enseñarme la estatua de un hombre de rostro antipático, llamado Augusto, el dueño de Roma, el culpable de que la Virgen y el pobre San José hubieran tenido que ir desde tan lejos a inscribirse a Belén.

-¿Quién era ese otro señor tan buen mozo? -preguntaba, recordando al primo Juan Esteban.

-¿Lé parece buen mozo mija? —sonreía Totoi-, ¡Se pondría muy contento si pudiera oírlo, porque era muy vanidoso! — Y en lo que parecía un cuento, me contaba de su lucha contra Roma cuando ésta quiso humillarlo después de siete años de guerra contra tribus de hombres feroces que quemaban vivos a los prisioneros y galopaban en caballos espantados por el golpeteo de las cabezas separadas del cuerpo de los vencidos. Fijando la mirada en las estampas reveladoras de un tiempo de grandeza y horror, desprecié la bajeza de Bruto, un bruto que no podía haber recibido mejor nombre, y conocí a la reina de un país fantástico a quien César amó. La luz del atardecer se hacía insuficiente y yo encendía el árbol, convirtiendo el salón en otro reino encantado por las bujías que ardían como luciérnagas de colores sobre las ramas perfumadas del pino.

-Totoi, ya es hora del otro cuento. ¿Salimos al corredor?

El primer día de la temporada Totoi iniciaba un relato: aventuras de piratas, de mujeres raptadas, de galeones hundidos bajo el peso del oro, esclavos vendidos como animales, indios que se defendían con flechas envenenadas desde las orillas de un continente que pronto les sería arrebatado. Pronunciaba las primeras frases al cruzar en el auto la quebrada que dividía en dos la carretera de Santa Elena, con Medellín transformándose en sombra al fondo del abismo, y finalizaba en el alto, cuando la tienda de Sebastián aparecía pequeña y blanca en la lejanía. Totoi se las ingeniaba para suspender en el momento más emocionante.

-Mañana seguimos — decía.

-¿Por qué no llegamos al final?

-Porque todavía no le he inventado —respondía, mirando los campos y las casitas llenas de flores que iban quedando atrás.

-¿Irán a matar a la inglesa que tienen prisionera?

-Eso lo sabremos el último día de las vacaciones... Apenas vamos llegando a Medellín. Además, o se le olvide que la tienen los españoles.

-¿Los españoles son muy malos?

-No más que el resto.

Sentado en el corredor, los ojos llenos del paisaje, pronunciaba las últimas palabras antes de hacerme notar las diferentes tonalidades de un mismo color: el verde jaspeado de la grama del jardín; abajo, detrás del seto de bifloras, el verde esmeralda de los potreros, el oscuro desgarrón del arado, el verde umbroso de los pinares, el verdeazul de las montañas apoyadas contra un cielo color violeta, en tanto que ellas, convertidas de repente en figuras carentes de peso, se fundían en el horizonte.

El destello de un ave blanca cortaba el follaje de los pinos antes de desaparecer entre el perfil jorobado del Capiro. El río era una mancha sólida, como si le hubiera robado a las montañas la dureza, plateado y azul, a los pocos minutos salpicado de rosa y naranja, semejante a una joya, un collar olvidado en las vegas por alguna diosa indígena. Los sauces de troncos negros y hojas de un verde tierno se inclinaban en una misma dirección, hacia el sur, doblados por el viento, y hacia el agua en la cual sumergían las ramas más largas.

La belleza del mundo, enmarcada por el techo y las columnas blancas del corredor nos unía en un sentimiento asombrado. Siguiendo la línea amarilla del camino veíamos el puente de barandas de guadua, los techos grises del establo, las tejas y los pilares rojos de la casa de Sigifredo, al tiempo que escuchábamos los sonidos tranquilizadores del campo, el canto final de los pájaros, el grito de los alcaravanes que volaban como flechas rozando con las alas los espartillos. Docenas de golondrinas, pequeñas y redondas, jugaban a mecerse en el aire, en espera de nuestra partida para recogerse en los nidos escondidos entre las vigas.

Entonces, sin saberse cómo, los sonidos perdían individualidad hasta parecer que un rumor profundo brotaba del corazón de la tierra. Observando el halo inflamado del sol que teñía los colores de las flores, experimentaba una alegría singular; la mano del abuelo se posaba en mis trenzas.

Por el camino subía Sigifredo descansando la fatiga en el zurriago. Y en medio de aquella calma eternamente cambiante sentía también un ritmo, pulso del Universo corroborado por la aparición de la estrella de la tarde y, apaciguada, sin envidiarlo, sentía a Dios.

MIMI

Era temprano. Mi padre acababa de marcharse, las ventanas que daban a la calle continuaban cerradas y sobre la mesa del comedor, cubierta con un mantel de cuadros, se veía los restos del desayuno. El día se insinuaba como una inmensa franja de tiempo libre, dentro del cual cabían diversas posibilidades: el paseo con mis hermanos, las visitas a las abuelas, las compras con mi madre. Tal vez iríamos a la plaza de mercado, bulliciosa y alegre a pesar de las oscuras galerías y el olor a legumbres podridas. Si permanecía en casa podía sentarme en la puerta de la calle para mirar a las personas que pasaban, esperar la llegada de Celia y el chinche con la vitrina y las frutas, escuchar una radionovela. En esa entró mi madre para decir que pensaba ir a visitar a la tía Mimí.

-Si te parece, puedes venir conmigo. Está enferma, se alegrará con tu visita.

El sol entibiaba el patio. La tierra de las matas se iba secando, brillaban gruesas las hojas de la trepadora, junto a la puerta calada. Los animales de plástico invitaban a jugar a la selva. Carmen sugería una caminata hasta el parque de María Auxiliadora, donde vivían María Isabel y Beatriz Helena, primeras amigas con quienes corría hasta la puerta del Colegio para ver entrar a unas niñas mayores, uniformadas, apretando los libros contra el pecho. El tiempo corría, la mancha de sol en el corredor se agrandaba. Molesta por mis titubeos, mi madre me trenzaba el cabello, ágiles los dedos entre los cadejos.

Costaba trabajo decidir. A pesar de lo delicioso que era salir de paseo, el recuerdo de la tía me llenaba de dudas. Era inquietante enfrentarse a su extraña vida, sin penas aparentes, sin una emoción que le valiera una sonrisa. Tentada por una cintas y un delantal que podría estrenar, decidí finalmente acompañar a mi madre.

Salimos cruzando el antejardín, protegido por una verja de hierro negro que tenía el mismo diseño de las rejas en las ventanas. Unas hierbas largas, desperdigadas sobre la tierra, le daban un aire de abandono a la fachada. Al cruzar la calle me detuve para mirar a través de la puerta de la Clínica Medellín, asustada y atraída por el olor a medicamentos, desinfectante y sufrimiento que llegaba hasta la acera y se aspiraba calle abajo, frente al puesto de revistas.

-¡No te detengas tanto que no vamos a llegar nunca! —decía mi madre, creyendo que yo miraba las mercancías en las vitrinas.

En realidad perseguía mi reflejo en los cristales. Estaba orgullosa de mi vestido azul, del delantal de ojalillo. Las trenzas caían sobre mis hombros, anudadas con moños de colores. Bajaba la vista, miraba los zapatos blancos, recién brillados, las medias que me llegaban hasta las rodillas, sin dejar de observar al vendedor de periódicos abrazado a la carga de papel impreso, a la criada que llevaba un canasto y una sonrisa pícaro, al boticario, vestido de blanco, que admiraba, como yo, el atractivo de rostros desconocidos que tal vez nunca volvería a ver. La pobreza me inquietaba al pasar junto al cuerpo maloliente de un mendigo. Un policía iba y venía con el paso aburrido de un lado a otro de la calle. Una señora taconeaba delante de nosotros, dejando en el aire el delicioso olor de su perfume.

Al llegar, mi madre tocaba con los nudillos. No recurría al timbre, que podía irritar los nervios de la tía Mimí. Esperábamos calladas, de espaldas a la calle, el tiempo que Berenice tardaba en abrir. Yo la hacía vieja (aunque fuera joven) por los ojos, asombrosamente quietos, por el parpadeo lento, que acentuaba su melancolía. Toda ella era así: la sonrisa, el movimiento del brazo al servirle a mi madre la taza de café, los pasos que daba sin levantar casi los pies, la ondulación del cuerpo que me recordaba la serpiente que habían traído a casa sin saberlo, entre un bulto de tierra de capote.

Lo primero que uno notaba al entrar eran las baldosas del piso, su alegría irreverente, la verde figura del dragón danzando entre el amarillo intenso del resto del cuadrado. Berenice cerraba la puerta. Se apuraba, caminaba delante de nosotras. Si hablaba lo hacía en voz baja, las palabras resonando apenas, como un soplo de aire seco en su garganta.

-¿Quién está enfermo, Berenice? —pregunté ese día. Ella me miró. Yo supe que no debía haber hecho esa pregunta.

-Vengan por aquí. La señora Mimí está en la salita. —Su voz se desvanecía. Uno dudaba de haberla escuchado.

Pasamos frente al cuarto cerrado. El comedor, la sala, las alcobas, la salita de Mimí y la cocina, que se adivinaba enorme, se mantenían abiertas. Pero en medio de ellas había una habitación cuya puerta jamás se abría. Mi madre caminaban en puntas de pies y yo la imitaba con dificultad. Berenice no se preocupaba. Ella podía recorrer la casa sin ruidos, los pasos acolchados en la prudencia. Los tacones de mis zapatos retumbaban contra las baldosas. A mi pesar, pensaba en el paseo con mis hermanos, en las nuevas amigas, en la calle bordeada de árboles, en las cometas que elevábamos, en el vuelo de colores, en el griterío y la emoción de verlas agitarse con vida en el aire.

La tía Mimí nos esperaba arrellenada en una poltrona, los pies descansando sobre un banquito forrado de terciopelo rojo. La salita esta alfombrada de gris, las paredes tapizadas con un papel de flores azules. Varios cuadros que representaban paisajes y una vitrina llena de porcelanas, servían de adorno. Para distraerse, Mimí podía observar un ángulo del patio a través de la puerta. A su lado, sobre una mesa redonda, se veían una lámpara, un vaso de infusión medicinal, un libro de oraciones a juzgar por las tapas negras, sin más adorno que una cruz, un rosario de palo de rosa que olía desde la puerta, una campanilla de plata, una carpeta sin terminar, y un hermoso frasco de Agua Florida, del cual, a veces, me regalaba unas gotas.

Por lo inmóvil, la tía recordaba las imágenes de los santos en las iglesias. Mantenía las manos dobladas sobre el regazo, los ojos verdes fijos en la puerta, quieto el rostro, en juego de piedra con el cuerpo. El único movimiento se concentraba en el pecho, que se levantaba penosamente para dar paso al aire. A manera de saludo, sonreía tristemente.

-Berenice: tenga la amabilidad de traerle un café a la señora —ordenaba.

-Usted que quiere tomar, señora Mimí? —preguntaba Berenice, bajando los ojos.

-Nada mijita. Gracias.

-¿Y la niña? ¿No quiere un juguito? ¿O un vaso de leche con galletas? Están acabaditas de sacar del horno.

-La niña tiene que aprender a no comer a deshoras. Si le damos galletas se le daña el almuerzo.

Mi madre se acercaba a la poltrona y lentamente, como si le diera pesar, besaba la mejilla de la tía.

-Saluda a Mimí –decía luego, haciéndose a un lado para que yo pudiera llegar hasta ella.

-¿Qué hay, Mimí?

-¿Así te han enseñado a saludar a los mayores?

-¡El beso! ¡Dále el beso a la tía Mimí!

Igual que otras veces, me acerque a ella. Cerraba los ojos antes de rozar su mejilla con mis labios. No la besaba. No como cuando besaba a mis padres, o a mi abuela, tan tibia, la piel de rosa, o al abuelo, sus queridas mejillas ásperas entre la sonrisa. Con Mimí era difícil. Aquel gesto, que podía haber sido hermoso, se resolvía en una pugna de voluntades en la cual salía humillada la mía.

-Siéntese formalita.

Yo obedecía, aunque deseaba ir a buscar a Berenice. Tal vez ese día abriría el cuarto cerrado. Si me encontraba junto a ella, era seguro que me invitaría a entrar.

Mi madre y Mimí siempre hablaban sobre los mismos temas. Mi madre la miraba con ternura, la acercaba al vaso, le pasaba la mano por los cabellos, destapaba el frasco de Agua Florida, perfumaba el pañuelito bordado. Preguntaba si estaba mejor, si recibía visitas.

Mimí asentía. Sí, las amigas todavía venían a verla, no la olvidaban a pesar de la vida que llevaba, sí, comía bien, por darle gusto al médico, no salía pero no le hacía falta, el padre Zuluaga

le traía la comunión, la casa marchaba regular, Berenice robaba pero ella se hacía la ciega, así mismo ignoraba la enfermedad, no la sentía, te aseguro mijita, ni cuenta me doy, el doctor me receta calmantes, pastillas que duermen, no te preocupes, dormir, ahora que puedo hacerlo me agrada dormir, la vida es difícil, uno debe acostumbrarse a lo que venga, tu eres joven , cuando tengas mi edad vas a ver que el horro se esfuma, las pesadillas no acosa, uno se enseña y nada importa, nada, ni siquiera la locura, al principio me daba miedo, los gritos, la brutalidad, si, la locura, ¿Te acuerdas?, éramos felices, te veíamos crecer, hace nada estas así como ella, más linda, eso sí, pero pequeñita, una briznita de vida, ahora quién lo creyera, con tres hijos, ocupada, una señora, la vida es eso, consumir la alegría, la ilusión, gozar con la ajena, las penas no cuentan, la belleza se va, cómo se agota la belleza, mejor no haber sido hermosa, una máscara, esperar, hay que esperar, tener paciencia, fe, es lo único, el Señor se acordará, manda pruebas, algún día...

-¿Mami, puedo pedir galletas?

Los ojos verdes, transparentes como bolas de cristal, se fijaron en mí: -¿Tú mamá no te enseña urbanidad? Es mala educación pedir comida en las casas ajenas. Y no debes decir "mami". Esa es una palabra en inglés. Se dice mamá, o madre.

Yo balanceaba las piernas, miraba mis zapatos.

-No patees el sofá. Mariavictorita... ¡Cómo está de feíta la niña! Tan flaca y tan negrita... ¡Qué pesar!

La sangre me ardió el cuello, las mejillas. Continuaba mirando mis zapatos. ¿De verdad era tan fea? Las vitrinas de los almacenes habían mostrado lo contrario, los moños de colores alumbraban mi pecho. Miré a Mimí. No parecía ser más bella que yo. Era una vieja gorda, tanto, que no podía tenerse en pie sin ayuda. Sus manos estaban hinchadas, la piel de la cara se estiraba sobre capas de grasa. Unos cabellos blancos, que recordaban las hierbas de nuestro antejardín, se anudaban en la coronilla de su cabeza, dejando ver el cuero cabelludo, rosado, insólitamente triste.

-¿No quieres ver la tortuga? ¡Seguro que la tía Mimí te da permiso a jugar con ella!

-Hay que buscarla entre las matas, le gusta enterrarse debajo de los helechos. ¡Sí, váyase a jugar! Y no la deje caer, que se le quiebra y se muere.

Caminé hasta el patio y me senté frente a la puerta cerrada. Siempre guardaba la esperanza de que alguien la abriera para ver lo que Mimí y Berenice escondían con tanto celo. No podía tratarse de un niño, puesto que la tía, casada con un viudo mucho mayor, jamás los había tenido. ¿O sí? Ya no estaba segura. Todo allí era confuso, como los pasos sin eco de Berenice.

Berenice pasaba encorvada, barriendo y trapeando el corredor, sin mirarme, sin mirar la puerta, cuidando, eso sí, de no ir a tocar los maderos con la escoba. ¿Esconderían al viejo esposo de la tía? Carola la lavapisos me había dicho que le gustaba el trago, que era barrigón y muy rico. Podía tratarse de una momia, envuelta en tiras de lienzo, como las que el abuelo me mostraba en los libros de historia. Tal vez una colección de mariposas, frágiles, sensibles al aire y a la luz o un pedazo de estrella, de esos que caían a la tierra. Cabía también la posibilidad de que no hubiera nada. El cuarto estaría vacío, sin alfombras, sin muebles. Lo mantendrían así para ahorrarle trabajo a Berenice.

Busqué la tortuga entre los tallos de los helechos. La levanté para verla sacar y meter entre la concha su extraña cabeza de serpiente. Puesta en el suelo caminaba sobre unas manos escamosas, retorcidas, y unas patas cortas, redondas y planas en la base, con una remota semejanza a las patas de los elefantes. La miraba arrastrar por la vida esa corteza dura, de sonido hueco cuando uno la tocaba con los nudillos, como mi madre la puerta de la casa. Había descubierto que si la acostaba sobre la espalda, la tortuga se quedaba con las patas hacia arriba, hasta que yo decidía socorrerla.

Entretenida con el tormento del animal, su esperanza aprisionada en un movimiento parejo de patas y manos, olvidaba las palabras hirientes de la tía Mimí, los deseos de probar las galletas de Berenice, y hasta la curiosidad por saber qué se escondía detrás de esa puerta de doble batiente, el hueco de la cerradura tapado por una llave que no me atrevía a girar, ni siquiera cuando Berenice desaparecía en la cocina y la conversación de mi madre con la tía sonaba como la lluvia.

Unas pisadas me obligaron a levantar la vista. ¡El hombre estaba de pie, junto a mí! Detrás de él, la puerta se abría de par en par, dejando ver la habitación entablada, el lecho, la repisa con

juguetes, la mesa sin pintar, la única silla. Calzaba unos zapatos cuero marrón, con agujeros en las puntas, como los de mi padre. Vestía un pantalón de paño café, una camisa blanca. Era robusto. Alcancé a pensar que sus manos, muy pálidas, parecían de caucho. Sentí miedo. ¿dónde esta Berenice? Intenté levantarme del suelo y al apoyarme, el tibio contacto con las baldosas calientes de sol, me tranquilizó. El hombre se inclinó para acercarse a mí su cara extraña. Sentí que su aliento me rozaba la frente.

A pesar de las náuseas, supe que no iba a hacerme daño lo único que deseaba era mirarme con esos ojos largos y angostos, único punto de luz en un rostro opaco, de boca y nariz aplastadas contra las mejillas. Un chorrito de saliva le bajaba por el mentón hasta manchar la tela de su camisa. Una mueca le cortó la cara y de su boca salió un sonido hondo, algo semejante a una queja. Con un movimiento brusco, que lo sobresaltó, me puse de pie, pero una mano helada agarró la mía, obligándome a sentarme de nuevo en el quicio. Estaba enojado. La rabia chispeaba en sus ojos. Volvió a hablar en ese lenguaje que yo no entendía, y un sollozo estalló en mi garganta.

Señalé la tortuga, acostada sobre las piedras. El hombre volvió la cabeza y yo aproveché su descuido para huir hacia mi madre. Incapaz de hablar, sollozaba aferrada a ella, sin responder a las preguntas que ambas me hacían. Ya Mimí agitaba la campanilla para llamar a Berenice, cuando la figura corpulenta se recortó en el umbral, iluminada desde atrás por el resplandor del sol, por el brillo verde los helechos. Quiso avanzar hacia mí, pero la voz de la tía lo detuvo.

-¡Ramón! ¿Quién le dio permiso de salir? ¡Berenice! ¡Berenice! ¡Ramón se salió del cuarto! Tenga la amabilidad de volverlo a encerrar. ¡Y fíjese bien que la puerta quede con llave, no quiero que vuelva a asustar a la niña!

Ramón levantó el brazo. Señalaba hacia nosotras, una sonrisa fija en la cara. El cuerpo osciló sobre las piernas, como si quisiera acercarse.

Berenice llegó, secándose las manos en el delantal. Tomó a Ramón de la mano y lo arrastró fuera de la salita con algo así como la arrogancia con que Carmen, nuestra niñera, me obligaba a obedecerla. Parecía casi alegre, cuando volvió a pasar frente a la puerta.

Me sentí avergonzada. Culpable. El hombre sólo había deseado jugar conmigo. Viviendo con Mimí y Berenice, tal vez con el misterioso marido, viejo, enormemente rico, tendría pocas oportunidades de hacerlo, y ahora, debido a mi llanto, lo habían vuelto a encerrar. ¿Por qué lo mantendrían preso? ¿Sería por verse tan distinto a las demás personas mayores? Tampoco se parecía a los niños... ¿Estaría enfermo, igual que la tía? En ese momento recordé que Carola me había contado una tarde, no hacía mucho, que el marido era tuerto, que llevaba un parche de seda negra en el ojo, y que la tía Mimi había perdido la belleza y la salud por falta de sueño. El la obligaba a leerle en voz alta hasta el amanecer. Por eso, nada más, se había casado con ella.

Nadie volvió a mencionar a Ramón. Casi llegué a convencerme de que su aparición era fruto de mi curiosidad, que otra ilusión. Así, lograba engañarme durante unos cuantos minutos. Finalmente quise defenderlo pero la fatiga de la tía Mimí, el tejido abandonado, sus manos cuidadas, su gran belleza perdida, me lo impidieron.

Volví a besarla en el momento de partir. Una vez más, su mejilla se ofreció a mis labios, fría, oliendo a remedio, igual que la puerta de la clínica.

-Debes alimentarte bien. He sabido que no comes carne, ni tomas leche. ¡Por eso estás tan fea! ¡Y no hagas mala cara, que te vas a llenar de arrugas! ¿Quieres ser una señora arrugada?

-No me importa.

-Eso dirás ahora. Cuando te suceda, no te va a gustar. Si creces desnutrida y malencarada, seguirás siendo fea y ningún hombre se va a enamorar de ti. Saludes a tu papá.

Renuncié a mi reflejo en las vitrinas. Las calles estaban llenas, la gente caminaba afanada, los empleados cerraban las puertas de los almacenes y marchaban mirando hacia el frente, como si nada de lo que veían les llamara la atención. El policía había desaparecido de su esquina y en lugar de un mendigo vimos cuatro, una mujer con tres niños envueltos en cobijas rotas. No encontramos señoras elegantes y al pasar frente a ella, rehusé mirar por la puerta de la clínica. Entramos en silencio. Abrí el paquete de animalitos de plástico y hasta formé con ellos una fila india en el corredor, pero luego los abandoné. Almorcé mal, enojada con mi madre que alababa el buen juicio de la tía, por haberme prohibido comer galletas.

Esa noche soñé con los ojos de chino y el rostro de la luna llena de Ramón. Lo soñé solitario, añorando un amigo, perpetuamente vigilado por unos ojos de vidrios, enormes, ojos tristes, trasnochados, ojos verdes como los helechos del patio. A través de ellos le perdí el miedo a Ramón.

Desperté llamando a mi madre que entró en vuelta en una bata larga, brillante con el reflejo de las estrellas en el corredor.

-¡La tortuga se quedó acostada sobre la concha!

-Creí que tenías miedo...

-Estoy preocupada por la tortuga. ¡La deje chapaleando encima de las piedras!

-No sufras por eso. Mañana llamo a Berenice y le digo que la voltee.

-¡Es que se va a morir!

-No creas. Las tortugas son los animales mas fuertes. ¡Viven años y años!

-Quiero llamar a Berenice.

-Estas no son horas de llamar a las casas. No debemos despertar a la tía Mimí. Está enferma, necesita descansar. Duerme tranquila.

-¿La tía ya no tiene que leer en voz alta hasta la madrugada?

-¿Quién te dijo eso?

-No me acuerdo —mentí.

-Pobre Mimí... ¡Si la hubieras conocido! Era tan linda.. tan alegre...

-Yo creo que ella me odia.

-¡Cómo te va a odiar! Al contrario, te quiere mucho. Lo que pasa es que ha vivido una vida muy dura. Está enferma, sola, tiene problemas.

-¿Ramón es un problema?

-Sí... y tiene otros, además de Ramón.

-¿Cuáles?

-Duerme. Mañana llamamos. Si quieres, podemos visitar de nuevo a Mimí. Verás que nada le ha pasado a la tortuga. Verás, también, lo mucho que te quiere. Le haces falta, cuando no te llevo pregunta por ti. Mandó comprar la tortuga para que no te aburrieras cuando fueras a visitarla.

-¿Qué le pasa a Ramón?

-Que no es normal. Hasta mañana.

-Ramón es hijo de Mimí?

-No. Ella sólo tuvo un niño, que murió al nacer. Aunque para ella, es como si Ramoncito lo fuera. No ha permitido que lo manden a vivir a una institución, lo cuida, lo quiere. Hasta mañana.

Minutos más tarde sonó el teléfono. Yo estaba despierta, pensando en Ramón. Trataba de imaginar su vida. Mi padre respondió. Era Berenice. Llamaba para avisar que la tía Mimí acababa de morir.

CARMEN

Carmen pasaba por el corredor con una pila de ropa recién planchada. Al verme se detuvo, la satisfacción de hacerme sufrir alegrándole los ojos. Tenía un rostro cruel, pero únicamente yo era capaz de percibir su crueldad.

-Después de comida va a venir el doctor Oscar Duque. Su mamá lo acaba de llamar pa' que la examine y le mande inyecciones.

-¡Pero si yo no tengo nada!

-Su mamá dice que está enferma de tos.

-¡Si tengo tos, es culpa suya! Esta mañana me dio mucho frío en la zapatería.

-¡Cállese! ¿O se quiere quedar ciega?

Nunca había considerado a Oscar Duque como médico, a pesar de haber oído decir que lo era, no sólo a mi padre, amigo suyo desde la infancia, sino a la tía Nena, a las señoritas Rosa y Rosalba, empleadas del almacén, y ahora a Carmen. Para mí, Oscar Duque era una persona mayor, indiferente en razón de ello, alguien de quien no podía ser amiga. No obstante, cuando me enteraba de que vendría a visitarnos, le abría la puerta y lo seguía hasta la sala para ver despuntar la increíble sonrisa blanca en el rostro de marfil amarillento. Admiraba la ligereza de su paso, los modales elegantes al saludar a mi madre con un apretón de manos, luego a mi padre, con unas palmadas en la espalda.

Tenía que limitarme a pensar que era hermoso. Tanto como las reinas de belleza, como el apóstol San Juan que sacaban en andas de la sacristía de la Catedral de Rionegro durante las procesiones de Semana Santa, lamentando no poder comentar con nadie la maravilla de esa cualidad que lo distinguía de los demás. La única vez que hablé de ella, me reprendieron; una niña nunca se refería en público a la belleza de un hombre. Era mal visto, y falso. Los hombres podían ser valientes, fuertes, inteligentes, pero nunca bellos. Yo sabía que se equivocaban... Oscar Duque era profunda, conmovedoramente hermoso. Y ahora que tosía, y él vendría a verme, me avergonzaba debido a esa belleza innombrable, que hacía que uno no pudiera dejar de mirarlo.

La tarde avanzaba después de un día de invierno. Pronto sería de noche. Contagiada por la melancolía del atardecer, me sentía infinitamente pequeña, perdida en el inevitable acontecer de las cosas. Solía sentarme en el patio para ver la llegada de la noche, acompañada de una muñeca o de los dados con que Carola me enseñaba a desafiar la suerte y a probar, si me iba mal, mi futura buena fortuna en el amor. Observaba el cambio de un universo a otro. El sol descendía llevándose el calor, la luz, el verde las hojas de las azaleas, el rosa intenso de las flores, el cálido ocre de los techos de barro. Se llevaba también una manera de vivir, la de los juegos, los paseos, la compañía de otros niños en los parques, los pregones, el rumor y la animación de la calle.

Me parecía que más allá de los techos, detrás de las montañas, había un abismo donde el sol se desplomaba. El cielo adquiriría un tinte oscuro, a veces púrpura, finalmente negro, para que brillaran estrellas amarillas, azules, blancas, algunas muy grandes, otras apenas sugeridas a través de un destello, algunas inmóviles, otras temblorosas.

Al igual que el mundo, yo pasaba de una vida a otra. De la actividad al sueño y en él, a insólitas representaciones que se llevaban a cabo en la parte más remota de mi propio ser. En sueños era espectadora y partícipe de cuentos y aventura, hechos pasados, o que bien podrían suceder en el futuro. Entraba en contacto con seres fantásticos, animales y hombres singulares que según decían no existían más que allá, en esa borrosa llanura, y por eso no debía preocuparme. Estaba resguardada por la realidad, decían. Mis pesadillas carecían del poder de dañar.

La tranquila seguridad con que los mayores negaban o afirmaban los asuntos más serios, en lugar de apaciguarme, surtía el efecto contrario. Confundía una vida con otra. Con frecuencia no sabía si había soñado tal o cual hecho, o si lo había vivido. A veces, al despertar, recordaba mis sueños y reía, como cuando soñé con Carmen, que agitaba los brazos y gritaba pidiendo socorro, mientras un cocodrilo verde-manzana la llevaba entre sus fauces río arriba, hacia una selva de la cual le sería imposible escapar.

Pero antes de ir a la cama quedaban todavía muchas cosas por hacer: podía, si mi padre estaba de humor para ello, pedirle que me enseñara la colección de láminas de animales prehistóricos que guardaba en la biblioteca, entre una lata de galletas vacía. Las láminas me decepcionaban debido a lo borroso de las figuras, a los colores desteñidos de los dinosaurios. Lo

que me gustaba era aspirar el delicioso olor a chocolate que despedían, no bien abría la caja. Si mi madre estaba fuera de casa, o atareada con los menores, quedaba en libertad para escuchar una radionovela en la cocina, junto con Berta y Carmen.

Teníamos que ser prudentes debido a la prohibición que recaía sobre aquellos programas radiales, nocivos para una niña, aunque especificaba en qué consistía ese mal. Mucho más daño que hacía Carmen, cuando, a la manera de una perversa gata, me acariciaba con una mano delante de mi madre, y me arañaba con la otra cuando ésta no veía. Había una novela diferente para cada hora, y era tal el gusto que nos proporcionaban, que oíamos varias a la vez, con intermitencias allanadas mediante la imaginación. Carmen prefería “El Laberinto del Deseo”, Berta “La Monja Maldita”, y yo soñaba por las noches con el rostro moreno de “Kadir el Arabe”. A Berta la hacían llorar las novelas de amor. Era lo más grande, decía, el amor. Y sonreía tristemente recordando al novio que le habían degollado durante la violencia. Entre las dos le habíamos levantado un altarcito en el cuarto del servicio, sobre una mesa adornada con una veladora, la fotografía del novio y unas flores de papel. Como ahora era un mártir, y estaba en el cielo, Berta me había enseñado a rezarle, cosa que hacíamos de rodillas, frente al altar engalanado con una carpeta que mi madre se cansó de buscar.

Los jueves, a las cinco de la tarde, escuchábamos “La Hora de las Descorazonadas”. La descorazonada llamaba a la emisora, pedía hablar con la consejera y le relataba su propia historia de amor. Luego de unas notas musicales particularmente románticas, la consejera nos consolaba con una voz dulce, tanto, que uno se la imaginaba hermosa. Lo grave era que las descorazonadas nunca volvían a llamar, y uno se quedaba sin conocer la suerte de tantas mujeres solteras y embarazadas, mujeres echadas de la casa, mujeres casadas y esperando un hijo ajeno, mujeres de la vida, mujeres perdidas. Yo me confundía, preguntaba, y Berta, mujer de escasas palabras, perpetuamente atareada en la cocina, se hacía la tonta, no respondía, o daba vueltas y más vueltas en torno al asunto, sin entrar, ni dejarme entrar en lleno en la cuestión.

-Berta, ¿qué es una mujer perdida? – pregunté una tarde, aprovechando la ausencia de Carmen, delante de la cual Berta callaba todavía más de lo acostumbrado.

-Una mujer de mala vida.

-¿Y una mujer de mala vida?

-Una mujer perdida.

-¿Y un hombre perdido?

- ¡Ah, no, eso no existe! Solamente las mujeres se pierden.

-¿Se pierden dónde?

-Se pierden en la vida.

-¿También se pueden perder en la calle?

-¡Claro, por la calle se llega a la vida! Allá comienzan a perderse las que se pierden. ¡En la calle!

-¿La niña de “Lejos del Nido” es una mujer perdida?

-¿Por qué pregunta eso?

-¡Pues porque se la robaron los indios! ¡Se perdió! No es capaz de volver a su casa, no sabe quién es el papá, ni la mamá. ¿Eso no es ser una mujer perdida?

-¡No, no! Esa niña está embolada, nada más. Es una niña robada, verá que al final la encuentran. ¡Una mujer, para perderse, lo tiene que hacer en la vida! Acuértese: en la vida, nada más, nos perdemos las mujeres.

-¿Cómo así Berta? ¡Explíqueme!

-¡Váyase a jugar que tengo mucho destino! Váyase, pa' que su mamá no se dé cuenta, y podamos seguir oyendo novelas.

¿Qué era la vida, oscuro camino, en el cual yo, por el hecho de ser mujer, podía perderme?

En eso pensaba cuando Carmen volvió a pasar, esta vez fingiendo no verme. Sentada en el corredor, sobrecogida por la vida, trataba de aclarar el mensaje cifrado entre las ramas de las azaleas, tristemente iluminadas por el último reflejo de luz. Me sentí sola. Nadie habría podido curarme de la soledad. Sentía la nostalgia de un instante perfecto, algo que me rescatara de aquel oscuro momento. Mi padre leía encerrado en la biblioteca, Mi madre y Carmen se ocupaban de los más pequeños. Berta freía tortas de chocolate en la cocina, hasta el patio llegaba el chisporroteo del aceite, el olor dulzón de la masa al caer en la paila. Lloré, y como no pude explicar el motivo de mi llanto, me enviaron a la cama.

Alguien ajustó mi puerta. Sin embargo las hojas de madera no me separaban completamente de la noche, del frío, de la angustiada visión de las plantas, distintas por falta de sol. ¿Qué ocurriría si el sol no volviera a salir? Era imposible, aseguraban. La complacencia de los mayores me hacía sufrir. ¿Qué los volvía impasible? ¿Nada les daba miedo? O sentían vergüenza de reconocer que, al igual que los niños, padecían a causa de su precaria posición en un universo demasiado complicado? ¿Era para ellos la vida tan clara, como decían, o las preocupaciones les impedían ver la oscura complejidad de las cosas? Escuché las voces de mis padres, sus pasos resonaron en el corredor. Pasaron frente a mi cuarto y se perdieron como la esperanza, como la calma al entrar al comedor.

Carmen trajo mi cena en una bandeja, la misma en que le llevaban a mi madre las comidas cuando regresaba del Hospital con un bebé.

-Aquí le traigo la comida –dijo como si ya me hubiera sacado los ojos y yo no pudiera ver.

-No tengo hambre.

-Su mamá dijo que se tenía que comer todo. ¡Siéntese bien pa' que no haga un reguero!

-¿Qué es la comida?

-Tortas de chocolate y sopa de arroz.

-¿Qué es eso que tiene la sopa?

-Carne en polvo.

-A mí no me gusta la carne.

-¡Se la tiene que comer.

-¡Si no me trae sopa sin carne, no como nada!

Así se resolvían nuestras diarias batallas. Carmen ganaba la mayoría de las veces. Otras, como ésta, resultaba vencida, no por mi fuerza, sino por un repentino desgano. Salió para regresar con la sopa sin carne. Se inclinó con la bandeja y sus ojos se expandieron hasta borrar con su brillo los objetos del cuarto, las paredes, la casa entera. En el mundo sólo quedábamos ella y yo, y nuestro odio, y el miedo y la rabia que le tenía. Ellos, y los viajes a la zapatería, nos amarraban en un nudo de aborrecimiento y complicidad.

Aquella misma mañana habíamos efectuado una de las secretas visitas al zapatero. Ibamos allá en días de invierno. Mi madre consideraba que hacía demasiado frío para que los menores salieran, y conociendo mi gusto por jugar al aire, libre, me mandaba a pesar con Carmen. Creía que me llevaba al Parque de Bolívar. Desde la puerta de la verja nos miraba caminar calle abajo, mientras yo luchaba por vencer el llanto. ¡Cuántas veces no me sentí tentada de soltar la mano de mi niñera, correr hacia mi madre, abrazarme a ella y contarle todo. Pero me acobardaba y seguía los pasos de la mujer que me apremiaba para que caminar más rápido. En algún lugar del trayecto se encontraba la zapatería. Era un garaje oscuro, desordenado, que olía a cuero y a cola. En un rincón se amontonaban docenas de zapatos viejos, arrojados allí de cualquier manera.

Carmen se detenía en la puerta y antes de saludar a Libardo, me advertía, duros los ojos, apretada la boca:

-¡Si cuenta yo misma le saco los ojos y le corto la lengua! —y me empujaba hacia el interior.

Libardo tomaba un trozo de cuero y en el aire, de un tijeratazo, lo partía en dos.

-Pa' que vea que tan fácil.... —susurraba Carmen.

-Le podemos volver a decir –agregaba Libardo.

-Demás que sí. ¡Es muy chocantica, mostrémole pa´ que se le quite la gana de poner quejas!

Libardo me enseñaba el punzón. Lo acercaba a mi rostro, a veces me pinchaba la mejilla con la punta brillante, afilada: -Con esto le vamos a reventar los ojos. ¡Mejor le va si se queda callada! ¿Entendió?

Aquellas amenazas, y el furor de su mirada, me dejan temblando, sin fuerzas para hablar. Al verme así, se acomodaban en otra banca, detrás de la mesa que los ocultaba de la calle. A pesar de mi temor, no podía evitar mirarlos, con una secreta mezcla de turbación y de placer. Libardo acariciaba a Carmen. La besaba, le decía al oído palabras que la hacían reír, con una risa de mujer joven, hermosa. Una de las patas de mi asiento era más corta que las otras y si yo cambiaba de posición la banca sonaba como si se fuera a caer.

-¡No se mueva! –gritaba Carmen.

-¡Acuérdese!

Y continuaban charlando, entre caricias y besos. Por más que me esforzara, no podía escuchar las frases de Libardo, pronunciadas a media voz.

-¡Mentirosos! ¡embustero! –respondía mi niñera, riendo con su risa desconocida.

-¡Es la pura verdá –aseguraba Libardo, meciéndola en sus brazos.

Si llegaba un cliente, por lo general personas de condición humilde, empleados de los almacenes, o criadas como Carmen, que traían los zapatos de las señoras, Libardo se apresuraba a atenderlo, estudiando los zapatos viejos, tocando la suela con los nudillos antes de elaborar un presupuesto y anotar en un cuaderno el nombre y número telefónico. Nadie hubiera creído, a juzgar por la solicitud y la buena voluntad que aparentaba, que detrás de esa sonrisa se ocultaba un corazón perverso, capaz de atormentar a una niña. Yo miraba al cliente tratando de llamar su

atención, pero nadie se extrañaba de mi presencia en ese lugar. Algunos preguntaban mi nombre y Carmen, acariciándome los cabellos, respondía con hipócrita bondad. ¡Si supieran que corría el peligro de quedar ciega, y muda!

Los días en que se encerraban en el cuarto de baño, Carmen me regalaba una colombina, comprada especialmente para esa ocasión:

-¡Cómasela formalita! Si viene un cliente le dice que Libardo salió, que se demora, y que yo estoy en el baño. ¡Si no se va, me llama a mí, no a él ¿Entendió bien? ¡Y cuidadito con moverse que se la roban unos hombres que van por allí!

Mi angustia se desvanecía con el placer de verlos entrar al cuarto de baño. Carmen se detenía en la puerta para advertirme una vez más, y yo contemplaba la extraña floración de su rostro, coloreado por un sentimiento que se transparentaba en la mirada, en la sonrisa abierta, en el rubio que le subía por el cuello, en la forma de mirara a Libardo cuando éste le apretaba las nalgas y la hacía reír. En aquellos momentos llegaba a creer que no eran tan malos. La risa de Carmen, detrás de la puerta, se hacía más débil, hasta quebrarse en un suspiro. Yo saboreaba mi colombina y para calmar mi turbación, estudiaba los zapatos de hombre, negros, cafés, zapatos de niña, blancos o que pudieron haberlo sido, zapatillas de colores, zapatos de señora, de tacón alto, de cuero liso, de charol, de piel de culebra. ¿Cómo se las arreglaría Libardo para repararlos él solo? Atenta a los murmullos que salían del baño, miraba desde la sombra la luz del sol en la acera, si la mañana abría, o los charcos de agua sucia que la llovizna llenaba. Las campanas de la Catedral tocaban, y yo recordaba a mi madre, que desde nuestra casa escucharía ese idéntico sonido. Al saberla tan cerca, unida a mí por las campanadas, y al mismo tiempo tan lejana, ignorante de mi injusto cautiverio, al que ella me sometía sin saberlo, odiaba de nuevo a Carmen.

Finalmente abrían. Parecían exhaustos. Respiraban profundamente, como si hubieran corrido, aunque era imposible que lo hubieran hecho en ese hediondo cuartito. Libardo se ajustaba los pantalones, Carmen alisaba las arrugas del uniforme, se pasaba la mano por los cabellos, miraba a la calle, me miraba a mí, tratando de averiguar algo. Parecía contenta y preocupada a la vez.

-¡Camine a ver que nos vamos! —me decía, mirando a Libardo.

Libardo, sin decir palabra, tomaba las tijeras y el punzón, los dejaba al borde la mesa.

¡Si encontrara la manera de decirle a mi padre! Entonces a Carmen se le acabarían las visitas a Libardo, para las cuales vivía. Yo notaba su paso brioso cuando estábamos llegando a la zapatería. La veía apagarse, fea y amargada, cuando los días se sucedían unos a otros llenos de sol, el viento arrastrando las nubes y con ellas su esperanza. La veía sonreír en las mañanas lluviosas, animada en los quehaceres. Sentía la urgencia de su mano sobre la mía al arrastrarme al interior del garaje, temblando con la fuerza de una pasión inexplicable para mí.

-¿No quiere otro poquito de sopa? –preguntó.

Cambiaba de genio. Los días en que se encerraba con Libardo, se volvía casi amable. Legaba a sorprenderme con gestos cariñosos, como remendar el traje de una muñeca o regalarme una cinta guardada durante largo tiempo en una cajita que escondía debajo de la almohada.

-No se comió las tortitas de chocolate. ¿No le gustaron? ¿Quiere que le traiga más leche? –Y de nuevo maligna: _Ya casi llega. ¡A lo mejor le manda media docena de inyecciones, como el doctor Luis Germán!

-¡No me va a mandar nada! ¡No estoy enferma!

-Su mamá dice que no puede respirar.

-Si puedo. Si no, ya me habría muerto.

-Bueno, de todas maneras el doctor va a venir a verla. No creo que pierda el viaje. Alguna cosa le tiene que recetar.

-Si estoy enferma, y mañana llueva, no va a poder ir a la zapatería.

-¿Le gustaría quedarse sin ojos, y sin lengua?

Mi madre entró. Se veía cansada. Recogió mis ropas, guardó los juguetes, apagó la lámpara del techo, encendió la lamparilla de noche. El cuarto quedó casi a oscuras. Cerré los ojos y dejé de ver. Así de negra sería la vida, si Carmen me los arrancara. La vida, una sola noche. Había veces en que tenía miedo de la noche. Pero la noche era necesaria para que hubiera día, las nubes para que hubiera lluvia, los árboles para que volviera a llover y se formaran otras nubes, la lluvia para que hubiera árboles. El abuelo me enseñaba a conocer la necesidad que las cosas tenían unas de otras. Sin la flor no había fruto, sin el fruto semilla, sin la semilla árbol, sin el árbol flor... ¿Qué pasaría, si una sola cosa en esa enorme cadena, la lluvia, por ejemplo, se acabara? ¿el fin del mundo, anunciado desde el púlpito por los sacerdotes, no sería mas que el fin de una sola cosa?

Llamaron a la puerta de la calle. Mi madre encendió de nuevo la luz del techo y Oscar Duque entró, hermoso, pálido, lleno de encanto. Se sentó junto a mi cama, abrió el maletín, sacó el termómetro y aquel horrible aparato con el cual me examinaba el pecho y la espalda. ¡Si al menos fuera feo, como Libardo!

-¡Respire! ¡Respire!

Yo me volvía de cara a la pared. Estudiaba el papel de colgadura, su tenue color rosa, los ramos de flores anudados con cintas verdes que bajaban por la pared formando ondulaciones casi reales, tan cerca de mí, que podría tocarlos con sólo alargar el brazo. Estaban enfadados. Escuchaba el enojo en la voz de mi padre, que repetía la orden del médico.

-¡Respire! ¡Respire! Respire hondo.

Oscar Duque guardó los instrumentos. También parecía fatigado, tenía sombras alrededor de los ojos, unos surcos le adelgazaban las mejillas y lo hacían ver más viejo, aunque no menos hermoso. Mi madre lo interrogó con la mirada.

-No tiene nada. Está muy consentida, no le hagan tanto caso.

Mi padre lo invitó al salón. Oscar Duque se puso de pie, y antes de abrir la puerta y perderse para siempre en la noche del patio, me dio unas palmaditas en la cabeza, de esas con que se acaricia a los perros y a los niños

Pero no iban a dejarme sola. Carmen entró. Se sentó en la silla de Oscar Duque, junto a mí. Permaneció en silencio durante algún tiempo, ligeramente inclinada hacia delante, mirándome con fijeza.

-Su mamá me dijo que tenía miedo, que la viniera a acompañar –dijo por fin. –Dígame... ¿de qué le da tanto miedo? –Y sus ojos negros, muy juntos, relampaguearon en la penumbra.

SER, ¿O HACER?

Vivía. Nada mejor. Vivía tan plenamente abandonada al hecho de ser, que creía poder dedicarme a ello por el resto de mi existencia, a la cual apenas sí le sospechaba un término, mucho menos un fin. En juegos pretendía ser, cambiando mi destino según el ánimo, los amigos o el momento, sin pensar que algún día me enfrentaría a una elección. Bastaba con eso, con vivir, con jugar, pretexto para llevar a cabo cualquier sueño. Hasta que un día, alguien formuló con más seriedad que otras veces, la terrible pregunta:

-¿Qué vas a ser cuando seas grandes?

No recuerdo quién lo hizo. Pudo haber sido una tía, una de las abuelas, tal vez mi padre, alguien con buena intención puesto que en sus palabras yo no percibía nada semejante al deseo de crear el desconcierto. Al contrario, quien quiera que fuese, obedecía a la costumbre de los mayores de abrumar a los niños con preguntas para los cuales no están en condiciones de formular una respuesta.

-Voy a ser yo... –respondí.

-Por supuesto que vas a ser tú. Pero además, debes ser algo.

-¿Cómo así?

-Muy sencillo... Tú sabes que las personas eligen una profesión que les permite ganarse la vida. Unos se hacen médicos, otros arquitectos, abogados, ingenieros, enfermeras, en fin... ¿No te agradaría ser una enfermera? Llevarías una toca, vestirías de blanco, como una paloma o una flor de azahar.

-¿Y si no quiero ser enfermera?

-Puedes elegir otra profesión.

-¿Por ejemplo...?

-Serás cualquier cosa que te guste hacer.

-¿Para ser, cuando sea mayor, tengo que hacer?

-Claro. Todo el mundo hace algo. ¡No puedes pasarte jugando el resto de la vida!

-Si uno no hace nada no se gana la vida. La pierde, y por eso deja de ser, ¿verdad?

-No exageres... Tal vez eres muy niña para entender. Tienes tiempo, tiempo de sobra. Te leeré "Mamá Coneja":

-“Al borde de la pradera hay una linda casita donde Mamá Coneja barre, cose, teje, limpia, y cuida de sus tres hijitos que de lindos dan envidia...”

Hasta Mamá Coneja...

Por aquellos días la tía Marta me regaló un libro. Yo no sabía leer, así que me veía obligada a buscar una persona dispuesta a complacerme haciéndolo en voz alta, aunque sólo fuera durante unos minutos. Me sentí deslumbrada por una manera de vivir tan diferente a la mía. Heidi pasaba el tiempo correteando por la cima de la montaña, juntando ramilletes de pálidas flores. Cuidaba animales, se alimentaba de queso, pan y mantequilla, y ayudaba al abuelo a sanar a la niña rica, enferma de vivir encerrada en una casa oscura como la mía. En mi entusiasmo convertí en valles los patios de la casa, los muros en montañas de nieve. Mis muñecos se

transmutaron dóciles en ovejas y cabritos. Pacían en las alfombras, protegían mi sueño y ayudaban a resolver un dilema.

-Ahora sé qué voy a ser cuando sea grande.

-¡Qué bien! Cuéntanos.

-Una pastora.

¿Una pastora? ¿Has visto un pastor en alguna parte que no sea el pesebre? ¿Conoces algún pastor en la familia?

Nadie, ni un pastor, ni una pastora a quien yo conociera. Días más tarde tuve una idea:

-Cuando sea grande voy a hacer una pastora.

-¿Quieres hacer una pastorcita de plastilina? ¿O de barro para el pesebre? Podemos conseguirte una bola de barro blanco. Uno lo humedece y toma la forma que los dedos le ordenan. Jugarás en el patio de atrás, donde no ensucies.

-Voy a ser la primera pastora de la familia.

-¡Qué tonta eres, niña! Piensa en lo imposible, ni siquiera sabes hablar correctamente. No es lo mismo “ser” una pastora, que “hacer” una pastora.

-¡Pero si ustedes mismos dicen que hay que hacer algo para ser! Quiero ser una pastora.

-¿De dónde sacas esa idea?

-Heidi es una pastora.

-Heidi no es nada. ¡No existe! Aprende a diferenciar entre el verbo ser y el verbo hacer, entre una personas y un personaje.

-Heidi es amiga mía.

Aprendí a leer. Conocía la forma y el sonido de las letras y durante un fin de semana junté una con otra, compuse sílabas que se fueron uniendo hasta formar palabras. Las palabras se buscaron. Sentada en el patio, leí mi primera frase. Luego miré las nubes que pasaban arreglando figuras en el cielo ¡Era libre, al fin! El abuelo y la tía Marta me prestaron sus libros.

Ese mismo año hice mi primera comunión, vestida de tules y encajes, cubiertas las trenzas por un velo que al comienzo fue mi orgullo y que pronto apretó mis sienes hasta hacerlas doler. Frente al altar, adornado con azucenas, pronuncié mi primer juramento: -¡Renuncio a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me consagro a Jesucristo para siempre y jamás!

Recibí un brazalete, un florerito de cristal de Bohemia, un misal de páginas sedosas, adornado en las márgenes con racimos de uvas, corderos, aves y flores, y otro que ajustaba las tapas de concha nácar con un broche plateado que producía un sonido preciso cuando yo lo abría y cerraba durante la misa. Alguien me abrumó con una "Imitación de Cristo", imposible de leer a pesar de mi avidez y el creciente deseo de alcanzar la santidad, de ser muy buena. La tía Marta me regaló otro libro: "Vida y Obra de Santa Teresita del Niño Jesús". Callada y sumisa, pensando en lo imposible, en los demás antes que en ella, Santa Teresita cumplía la tremenda tarea de no mentir, ni rabiarse, ni detestar a veces hasta a los propios padres. Su bondad pasó a ser una sombra que en lugar de ocultarlas, resaltaba mis faltas. Leía y releía su historia, contemplaba una fotografía del claustro y de tanto hacerlo, me creía sentada en la banca de piedra, aspirando el olor de las rosas, única concesión en una existencia entregada al sacrificio. Debido a sus buenas obras, Santa Teresita estaba en el Cielo. Hacía milagros, los niños le rezaban. Resolví ser una monja.

La prudencia sugirió silencio y en él, comencé a santificarme. Sufría sed. No bebía hasta que mis labios se pegaban secos y la ansiedad reducía en siglos la pena del purgatorio. Si mi madre me convidaba a un helado en EL Astor, lugar fascinante por el olor a chocolate, vainilla, canela y almendras, apretaba los dientes y movía negativamente la cabeza: -¿Estás enferma? ¿Te duele algo?

No, nada me dolía. Deseaba ser buena y complacer a Dios con mortificaciones. Abandoné a Gladys, mi muñeca. Aprenderíamos a vivir separadas, igual que las religiosas de sus familias.

Me hice obediente. Levaba recados a la cocina, buscaba las agujas de tejer de mi madre, servía whiskis a mi padre y al tío Cipriano, sin probar ni un sorbo. Ensayé a bordar dechados de costura, desarrollando la paciencia, pinchándome los dedos, manchando con gotas de sangre el cañamazo y enredando los hilos antes de acudir en busca de ayuda para la labor más desesperante. Nunca sería costurera.

Con frecuencia perdía la voluntad. Me atiborraba de dulces, bebía grandes vasos de limonada y tomaba a escondidas traguitos de aquel líquido color del oro derretido, frío debido al agua y al hielo, ardiente por gracia de quién sabe qué mágicos poderes. Una tarde abrí el canasto de los juguetes buscando a Gladys. Horas vividas en su compañía la habían convertido en una prolongación de mi propio yo. Estaba hecha de mis pensamientos y deseos. Sana o enferma, de edad cambiante, fea, hermosa, alegre, triste, Gladys era la totalidad. Su cuerpo aparecía curtido, las mejillas desteñidas, los cabellos pajizos de tanto jabón. Además, le faltaba un ojo, detalle insignificante a pesar de todo. Con ella se podía jugar, a diferencia de las muñecas españolas, Mariquita Pérez y Juanita Romero, de rígidos cuerpos, trajes bordados, cabellos humanos y ojos de cristal que miraban altaneros desde una repisa. Resolví los juguetes con angustia jamás experimentada. Abrí el armario, la busqué entre mis ropas, abajo, junto a los zapatos, arriba, subida en una silla.

Contenido apenas el llanto, llamé a mi madre:

-¿Dónde está? –grité.

-¿Quién?

-Gladys. ¡No la encuentro!

-¿Aquella muñeca tan sucia y tan fea? La regalé.

-¿La regaló? ¿Regaló a Gladys? ¿A quién? ¿Quién se la llevó?

-Se la di a los niños pobres. La tenías abandonada y lo que uno no necesita, a otro le hace falta.

¡Nadie, nadie tenía derecho a regalar mi muñeca, ni siquiera ella, mi madre. Grité, lloré hasta perder la conciencia del mundo, de mí misma. Mi venganza sería horrible. ¡Regalaría a mi hermano menor! Se lo daría al mendigo más sucio, al más harapiento, para que le cortara las piernas y lo llevara a pedir limosna por las calles.

-Mi Dios no castiga ni con palo ni con rejo –dijo mi madre cuando dejé de llorar.

Que me castigara. Nada sería peor que la pérdida de Gladys. Consideré recibido por anticipado su castigo, mientras purificaba mi alma para su gloria. Ahora me tocaba el turno. No lo adoraría, ni le ofrecería sacrificios.

Demasiado pronto olvidé a la pobre Gladys. Crecía, las muñecas eran asunto de niñas menores.

Poco después adquirimos el primer televisor. Llegó en un camión de mudanzas, envuelto en cajas de cartón, como un presente. Lo bajaron entre varios hombres que abrieron las cajas y sacaron un mueble pesado, sostenido por cuatro patas, más cortas que las de una mesa. Del interior de la pantalla también salían historias, menos buenas, a mi parecer que las de los libros. Aseguré mi fidelidad a las palabras creadoras de hombres y mujeres más reales que “El Investigador Submarino”, por ejemplo, en constante peligro de muerte, suspenso desmentido por ser él mismo el narrador de la aventura vivida tiempo atrás en el fondo del océano, en los dominios de los tiburones y las manta-rayas. Para mí, lo mejor de la televisión era la belleza perfecta de algunas mujeres que anunciaban jabones. Compraría un jabón Lux.

-Mami, quiero que me compres un Lux en el mercado.

-¿Para qué quieres un Lux?

-Para ser bella. ¡Quiero ser una artista de cine!

-Pasito... pasito. ¡No vas a decir eso delante de la gente!

¿Por qué no?

-Cuidado.

-Papi, voy a ser una artista de cine.

-¿Una comedianta? Esas mujeres no son decentes.

-Abuelo, cuando sea grande voy a ser una mujer decente.

-¿A qué se debe esa determinación?

-A que voy a ser comedianta. ¡Una artista de cine!

-¿Lo has pensado bien?

-Si, Totoi. ¡Vestiré trajes suntuosos como el arco iris, ola cola de un pavo real. ¡Tendré un palacio y un collar de brillantes!

-Ven... Te leeré un poema. ¿Quieres?

-“Margarita, está linda la mar
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
Margarita, te voy a contar
un cuento.

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes.

Un quiosco de malaquita,

un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.”

El abuelo sonrió: -Muy pocas actrices logran la realización de sus sueños. La mayoría padece desencanto y amargura, más de lo que le corresponde a un ser humano. Se pasan la vida esperando, como tú, el traje y el collar de brillantes que no legan. El público e infiel, esquivo, es como un amor ligero. Hace sufrir. Espera. Lee al poeta.

-Quiero ser bailarina.

-ES duro. Parecido a la vida de las actrices. Ingresé a una escuela de baile. Aprendí las cinco posiciones. Giraba en el aire y movía los brazos a la manera de un cisne, cuando fui obligada a suspender las lecciones. Jamás pude recomenzar. Años más tarde supe del amor prohibido entre mi maestra y el hombre canto, enloquecido con el brillo de sus pupilas azules, con el júbilo que la volvía un hada al danzar, una pluma, una libélula, una llama de vida, de luz. Ahora tampoco podría ser bailarina.

-No se preocupe que no va a servir pa´ nada –dijo Carmen, nuestra niñera verdugo, antes de despedirse.

¿Para qué tenía que servir? No había mucho tiempo para pensar en esas cosas. Por el momento me maravillaba el misterio de un mundo que era alternativa o simultáneamente el infierno, e paraíso, un mundo luminoso como un atardecer de verano, una amenaza, un caos de fuerzas ciegas, la alegría destructora, la fuente de mi propia sustancia, otro libro en el cual podía leer la historia siempre renovada de la creación. La vida cumplía su promesa de hacerme cada día un poco mayor. Legaría a ser vieja, igual que las abuelas. ¿Qué sentían al pensar que el tiempo de sus vidas estaba por agotarse? No parecían preocupadas por ello. Al contrario, daban muestras de no notarlo siquiera.

-¿Qué ocurre, niña, que no resuelves las operaciones de limones y naranjas, las sumas de manzanas y ciruelas?

-¿Cómo vas a ser algo en la vida si no aprendes las tablas de multiplicar? ¿Cuánto es siete por ocho?

-Hoy aprenderemos el método científico –anunciaba frente al tablero la Madre Melchor. Afuera, las flores blancas relucían semejantes al claro de luna entre las hojas del magnolio. Las aves cantaban libres. La Hermana San Luis, un peldaño más abajo que las monjas en la jerarquía social del convento, barría el patio, aprovechando para sentarse a la sombra del árbol y entonar los ojos como si comenzara a soñar. La voz de la Madre Melchor sonaba aguda, hiriendo los oídos, trastornado la calma que se sospechaba al otro lado de la puerta.

-¡Sin el apoyo del método científico nunca estaremos en condiciones de verificar la certeza de nuestras hipótesis! ¿Qué haces, niña, que no escuchas? ¿Podrías repetir en su orden los siete pasos del método? Tus amigas ya lo hacen. ¿Te atreves a leer en mi clase? ¡Jamás aprenderás nada!

-Aprendo del amor. Conozco una pasión que provoca tempestades y supera la muerte.

-No me digas... ¡Aprendes leyendo novelas! Déjame ver el libro. ¿Cuál es su título?

-“Cumbres Borrascosas”.

-¿Prefieres leer eso a conocer el método? Escribirás quinientas veces la frase “nada debe distraerme mientras aprendo a seguir el método científico”. El libro está confiscado.

-¿Qué ocultas, niñas, entre el mapa? No ves que señalamos las fronteras mediante las cuales los seres humanos dividimos la tierra?

-“Orgullo y Prejuicio”.

-¿Te burlas de mí?

-No Madre. Así me llama. Mire...

-Está confiscado. Escribirás quinientas veces...

-¡A mí no me engañas, niña! ¿Qué ocultas bajo la tapa del pupitre?

-“Lo que el Viento se llevo”. Confiscado. “La Guerra y la Paz” Confiscado. “David Copperfield”. Confiscado. “Madame Bovary”. Confiscado. “Rebeca”. Confiscado. “Los Miserables”. Confiscado. “El Amante de Lady Chaterly”. Confiscado.

-Siempre hay un segundo ejemplar. Los libros andan por ahí, en espera de ser descubiertos, en espera de ser leídos.

-¿Te atreves a responder? ¡Eres un mal espíritu! Lees libros prohibidos, aprendes la perdición. Escribirás mil veces “el silencio es oro” para que aprendas a callar, y buscarás al capellán del Colegio para que te confiese. ¡El Amante de Lady Chatterly! Menos mal que no entiendes.

-¿Por qué tienes los ojos tristes? ¡Recuerda que hoy es la fiesta de San Patricio, nuestro patrono! Las niñas visten de verde. La leche se tiñe de verde, verás qué rica. El comedor estará decorado con globos y serpentinas verdes. Tomarán sopa de espinaca, helado de pistacho. ¡El colegio entero celebra! ¿Qué lees, en lugar de reír con tus compañeras?

-María. Aprendo del dolor.

-Hay una cosa segura: ¡Perderás el año! Tus pobres padres tendrán que buscarte otro colegio.

Leía, y el doblar de cada página era un paso por el camino de un saber inagotable. Me dejaba seducir por las palabras. Ellas daban vida al dolor, al amor, a la ternura a la risa, a la tradición y al desengaño, a las verdades que hermanan a los hombres a despecho del odio y las guerras. Su fuerza destruía el poder aparente del tiempo y el espacio. Perseguida el eco de mi voz en un templo egipcio, cazaba tigres en las selvas de Asia, volaba a la luna, me sumergía en el fondo del mar, era una esclava ciega cultivando rosas en un jardín de Pompeya, un pequeño huérfano perdido en las calles pantanosas de Londres, una campesina francesa que se debatía contra la violencia del código con la sola fuerza de la sensualidad. Moría envenenada. Renacía,

para volver a morir una muerte mil veces más atroz, en los ojos de gata de Ana Karenina. A través de las palabras me multiplicaba como las hojas de un árbol, como las golondrinas en el cielo del poniente. Perversamente sinceras, las palabras contradecían el método científico. Susurraban al oído la incertidumbre de la verdad, lo oscuro de la certeza. Aunque doloroso, aquello me parecía más aceptable que cualquier aseveración corroborada por los siete pasos.

-¡Eres afortunada! ¡Aprovecha! Naciste en tiempos mejores. Podrás competir de igual a igual con los hombres. Podrás, si te esfuerzas, demostrar que eres más inteligente que cualquiera de ellos. En la familia hay abogados. Los abogados también viven de las palabras, pero les va mejor. Las palabras son el arma que esgrimen para ganar pleitos, condenar, exonerar, implantar justicia, legalizar el orden y hasta el desorden. Los más hábiles se hacen ricos. ¿No quieres ser abogado? Dicen que Kafka era abogado.

-Si te hubieras esmerado en resolver las operaciones de naranjas y limones, los problemas de manzanas y ciruelas, podrías ser economista, ingeniera, administradora de negocios. Si pudieras sacrificarte, serías una médica. ¿Te gusta el periodismo? Los periodistas también juegan con las palabras. Las equilibran. Las domeñan. Son objetivos, mucho más que los poetas. Las despojan del sentimiento para mostrarle al país la realidad. ¿No quieres ser periodista?

Desde la cómoda seguridad de su jubilación, el ex-banquero se ensaña contra los poetas: “Todos esos vagos, esos peludos, le cuestan mucha plata al país. ¡Los artistas, los escritores, los intelectuales, son unos parásitos! Deberían prohibirlos, o mandarlos a tumbiar monte, a construir carreteras, edificios, cualquier cosa que permita a los bancos abrir nuevos créditos”.

-Soñaste tanto, que ya no podrás ser ejecutiva. Míralas, tienen éxito: “La doctora le va a hablar, no cuelgue señora, le paso a la doctora”. Perdiste el tiempo, y el tiempo perdido no se recupera, por más que algunos neuróticos afirmen lo contrario.

-Míralas cómo trabajan, encerradas en cofres de cristal. No se detienen, trabajan, crean riqueza. Producen. Eso es trabajar. Hacen algo que tus poetas no pueden hacer: ¡Llenan las arcas de oro!

-Un verso, uno solo, puede bastar para abrir a la conciencia los ojos adormecidos del yo inconsciente.

-¡Producir! ¡Producir! Es la divisa del fabricante de ollas.

-Todos los saberes son precisos. Deberían crear una armonía. Hay quienes tienen una sed que sólo se agota bebiendo el agua clara de las fuentes interiores.

-Míralas de nuevo, ocupadas el día entero. Si hace falta, la noche también. Continúan vendiendo. ¿Vas aquella que ha logrado empapelar los muros de la ciudad con propaganda para anunciar artículos de propaganda? ¿Y aquella otra, la de las cremas? Vende juventud, belleza, posiblemente amor, ciertamente felicidad. El secreto está en vender. Y la última, la tejedora. Ha tejido tantos chales a la última moda, que si los dispusiera en el suelo, uno al lado del otro, cubrirían la tierra. Así se protege: vendiendo; tejiendo; tejiendo; vendiendo. ¿No te parece admirable? Y eso, sin tener necesidad...

-Busco al poeta. El tiene una verdad para cantar.

-¿Una verdad para cantar? ¿Alguien le paga por eso?

-Siempre estaremos expuestos. Pero aún así, el mundo continúa siendo hermoso. Sé que alguien se esforzará por representar lo irrepresentable.

-Mi Dios no castiga ni con palo ni con rejo.

-¿Qué es el alma?

-¿Aún no lo has descubierto?

-Aún no.

-Pues entonces escucha: Alma, prefijo de almacén.

-Busco al poeta. El sabrá adueñarse de oscuras revelaciones...

-Cuidado con las palabras. El primo Alvaro dice ser poeta. También es abogado. Cree en un alma que no se ve, ni se palpa, aunque sí se toca. Escribe:

-“Cuando un poeta muere,
el aire queda cargado de metáforas,
grávido de imágenes.
Extiende tus manos hacia la brisa
¡y cógelas!”

-¿Qué se hacen las palabras evaporadas en el aliento?

Las palabras claras como campana, agua, sonrisa, y aquellas otras lacerantes, como odio, o puñal, tendrán su lugar último en una estrella vibrante como los versos de Rimbaud, la diabólica invocación de Lady Macbeth, el canto enamora de Neruda, el torrente místico de San Juan de la Cruz. Tal vez las almas que las amaron irán también allí...

-¡Palabras! No se ven, ni se tocan. ¡Tonterías! Alma, prefijo de almacén.

El poeta llegó por sorpresa. Clara la mirada, hermosas las manos. Llegó para robarle a la muerte la última palabra, con la propia y humilde palabra. El poeta señaló el misterio. Presintió el infinito, milagrosamente resumido en una brizna de hierba. Preguntó por la causa de su ser. Por la causa del nuestro. Por la causa de las cosas conocidas y de aquellas que no podemos siquiera imaginar. El poeta llegó para leer su poema de amor. En noches de estío, la mujer del poeta se tiende sobre la hierba y toca la flauta dulce, contemplando las estrellas. El poeta dejó su regalo, antes de partir en busca de la sabiduría de antiguos iniciados.

-¿No quieres abrir un almacén?

-Las palabras ... no se venden.

-¿Nadie quiere comprarlas? ¡Qué bien, el mundo todavía guarda un poco de cordura!

-¿Dónde estás abuelo?

“Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
Una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes”.

El primo Alvaro murió. Era abogado y poeta. Como Kafka. A Kafka lo mató la poesía. ¿O murió por ser abogado? El primo tomaba pastillas para no adormecerse y entregarle las palabras al sueño.

-¿Ves? Las palabras matan. Un par de tontos, tu primo y Kafka. ¿Qué necesidad tenían de morir de esa manera? Ahora ya no son, ni hacen. Han dejado de ser, han dejado de hacer. Todavía es tiempo...